

5472

**GALERIA DRAMATICA.**

**COLECCION**  
**DE LAS MEJORES OBRAS**  
**DEL TEATRO**  
**ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL**  
**Y DEL ESTRANJERO.**

POR

**LOS PRINCIPALES AUTORES.**

*gil*



**Madrid:**  
**LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.**

Marcela, ó já cuál de las tres?  
 Un tercero en discordia.  
 Un novio para la niña.  
 Otro diablo predicador.  
 Me voy de Madrid.  
 La redaccion de un periódico.  
 Las improvisaciones.  
 Una de tantas.  
 Muérete y verás.  
 El amigo mártir.  
 Todo es farsa en este mundo.  
 D. Fernando el emplazado.  
 Medidas extraordinarias.  
 El poeta y la beneficiada.  
 Ella es él.  
 El pró y el contra.  
 El hombre gordo.  
 Flaquezas ministeriales.  
 El hombre pacífico.  
 El qué dirán.  
 Un día de campo.  
 El novio y el concierto.  
 No ganamos para sustos.  
 Bellido Dolfos.  
 ¡Una vieja!  
 El pelo de la dehesa.  
 Lances de carnaval.  
 Pruebas de amor conyugal.  
 El cuarto de hora.  
 La ponchada.  
 El plan de un drama.  
 Dios los cria y ellos se juntan.  
 Cuentas atrasadas.  
 Mi secretario y yo.  
 ¡Qué hombre tan amable!  
 Los hijos de Eduardo.  
 Engañar con la verdad.  
 Los primeros amores.  
 A la zorra candilazo.  
 El amante prestado.  
 Un pasco á Bedlan.  
 Mi tío el jorobado.  
 La familia del boticario.  
 El segundo año.  
 La loca fingida.  
 No mas muchachos.  
 Mi empleo y mi muger.  
 La primera leccion de amor.  
 Lo vivo y lo pintado.  
 La pluma prodigiosa.  
 La Batelera de Pasages.  
 La mansion del crimen.  
 La escuela de las casadas.  
 El editor responsable.  
 ¡Estaba de Dios!  
 Blanca de Borbon.  
 Carlos II el hechizado.  
 Rosmunda.  
 D. Alvaro de Luna.  
 El entremetido.

Rodrigo.  
 Carlos V en Ajofrin.  
 Cuidado con las novias.  
 Un monarca y su privado.  
 El dia mas feliz de la vida.  
 El vigilante.  
 La escuela de los viejos  
 El vaso de agua.  
 Un casamiento sin amor.  
 Matilde.  
 D. Trifon ó todo por el dinero.  
 Masaniello.  
 Atrás!  
 Guzman el buenó.  
 El amigo en candelero.  
 El Trovador.  
 El page.  
 El rey monje.  
 Magdalena.  
 El bastardo.  
 Samuel.  
 Dandolo.  
 El encubierto de Valencia.  
 Batilde, ó América libre.  
 Margarita de Borgoña.  
 La pandilla.  
 D. Juan de Marana.  
 Calígula.  
 Zaida.  
 Juan de Suavia.  
 El caballero leal.  
 El premio del vencedor.  
 Gabriel.  
 Las bodas de Doña Sancha.  
 Los amantes de Teruel.  
 Doña Mencía.  
 La redoma encantada.  
 La visionaria.  
 Los polvos de la madre Celestina.  
 El amo criado.  
 Ernesto.  
 El Barbero de Sevilla.  
 Alfonso el Casto.  
 Primer yo.  
 El abuelito.  
 El Bachiller Mendárias  
 Macias.  
 No mas mostrador.  
 Roberto Dillon.  
 Felipe.  
 Un desafio, ó dos horas de favor.  
 Arte de conspirar.  
 Partir á tiempo.  
 Tu amor ó la muerte.  
 D. Juan de Austria.  
 D. Alvaro ó la fuerza del síno.  
 Tanto vales cuanto tienes.  
 Solaces de un prisionero.  
 La morisca de Alajuár.  
 El crisol de la lealtad.

El desengaño en un sueño.  
 Mas vale llegar á tiempo.  
 Ganar perdiendo.  
 Cada cual con su razon.  
 Lealtad de una muger.  
 El zapatero y el rey, 1.<sup>a</sup> par  
 Apoteosis de Calderon.  
 El zapatero y el rey, 2.<sup>a</sup> par  
 El eco del torrente.  
 Los dos vireyes.  
 La corte de Buen-Retiro.  
 Bárbara Blomberg.  
 D. Jaime el conquistador.  
 Higuamota.  
 La aurora de Colon.  
 El conde D. Julian.  
 Cerdan, Justicia de Aragon.  
 Contigo pan y cebolla.  
 Tal para cual.  
 Las costumbres de antaño.  
 El jugador.  
 Del mal el menos.  
 Toros y cañas.  
 Quien mas pone pierde mas.  
 Rivera.  
 El rigor de las desdichas.  
 Las simpatias.  
 El diablo cojuelo.  
 Las ventas de Cárdenas.  
 Dos validos.  
 La tumba salvada.  
 El Tasso.  
 Acertar errando.  
 Hacerse amar con peluca.  
 Shakespeare enamorado.  
 Máscara reconciliadora.  
 El testamento.  
 El gastrónomo sin dinero.  
 Miguel y Cristina.  
 La vuelta de Estanislao.  
 Las capas.  
 Un ministro!!!  
 Quiero ser cómico.  
 El ambicioso.  
 Marino Faliero.  
 El marido de mi muger.  
 Jacobo II.  
 El rey se divierte.  
 La muger de un artista.  
 La segunda dama duende.  
 Un alma de artista.  
 Una ausencia.  
 Mateo.  
 Amor de madre.  
 El honor español.  
 La sociedad de los trece.  
 Los perros del monte de san  
 Bernardo.  
 El héroe por fuerza.  
 Bruno el tejedor.

# EL HIJO DE LA VIUDA,

ó

## LA CALUMNIA.

DRAMA EN CINCO ACTOS

SACADO DE LAS CAUSAS CÉLEBRES

Y TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

D. I. GIL Y D. G. F. COLL.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

Mayo de 1843.

## PERSONAS.

---

MADAMA DE MONTBALLY, *hacendada.*

DUVAL, *primo suyo y escribano del tribunal de Saint-Omer.*

JORGE, *carpintero de obras.*

MIGUEL, *maestro cerragero.*

LUISA, *jóven huérfana.*

TERESA, *hermana suya.*

RICARDO, *estudiante de leyes.*

UN NOTARIO. UN MAGISTRADO. PUEBLO.



*La escena pasa en Saint-Omer en 1770.*



*Este Drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real order inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*



# Acto primero.

Esterior de la casa de madama Montbally. El primer término de la escena representa un jardín; á derecha é izquierda los dos cuerpos del edificio; al foro la vista en perspectiva de una pequeña capital de provincia.

## ESCENA PRIMERA.

DUBAL Y MIGUEL.

*(Al levantarse el telon aparecen ambos sentados debajo de un emparrado colocado á la izquierda del público en el proscenio: estarán almorzando.)*

*Duval.* Repito, querido Miguel, que la especie humana es mejor de lo que vos creéis.

*Miguel.* Y yo, salvo vuestro parecer, os repito, amigo Duval, que la especie humana no vale un ardite. A vuestra salud. *(Brindando.)*

*Duval.* A la vuestra. Pero entre qué gentes habeis vivido para ser tan severo con vuestros semejantes, maese Miguel?

*Miguel.* Entre qué gentes? Soy maestro cerragero, como lo han sido de padres en hijos todos mis antepasados de un siglo á esta parte, y ejerzo mi oficio á satisfaccion de los parroquianos en nuestra hermosa aunque reducida ciudad de Saint-Omer; sin ir mas lejos tengo en mis trabajadores una muestra de lo que vale el género huma-

no... todos ellos... son holgazanes, insolentes, lenguaraces, borrachos... á vuestra salud. (*Brindando.*)

*Miguel.* A la vuestra. Y dónde habeis vivido vos para obstinaros de ese modo en que los hombres tienen algo bueno?

*Duval.* Yo?... bien lo sabeis... tengo la honra de ser hace diez y ocho meses escribano del tribunal de justicia de Saint-Omer.

*Miguel.* Es verdad... escribano del tribunal... Allí sí que deberéis ver buenas cosas, y convenceros de lo malos que son los hombres.

*Duval.* Cumpliendo con mi profesion oigo, veo, y escribo, pero no debo tener opinion, ni decir nada... y cuando vuelvo á mi casa... ó por mejor decir, á casa de mi respetable prima, la viuda Montbally, en la cual habeis tenido la bondad de acompañarme á almorzar, conservo la misma gravedad, y sigo imponiéndome los deberes de mi profesion... me abstengo absolutamente de manifestar mi opinion sobre lo que á mi al rededor sucede... porque la esperiencia, amigo mio, me ha demostrado que la conversacion mas insignificante sobre los negocios ajenos, la palabra mas inocente que ni aun puede tacharse de murmuracion, conforme va pasando de boca en boca y de oido en oido, se convierte en una calumnia terrible que compromete y hasta pone en peligro la vida del que es objeto de ella.

*Miguel.* Vaya, vaya... pues qué! creéis que es posible?...

*Duval.* Juzgad sino por la primer cosa que se nos venga á las mientes... escuchad.

*Miguel.* No pierdo una sílaba. A vuestra salud.

*Duval.* A la vuestra. (*En todos estos brindis Miguel apura el vaso; Duval apenas le llega á los labios.*) Preguntais vos á un vecino, inocentemente, sin intencion, por hablar, qué pensais del matrimonio de Fulano? «Hum! os responde el vecino, creo que no se lleva muy bien con su muger...» Otro que lo oye añade: «Cómo qué? si dijerais que se llevan muy mal?» Llega por acaso un tercer vecino que se arriesga á decir: «Maltrata á su muger, el otro dia le levantó la mano.» Si quiere el diablo que esto lo oiga alguna vieja del vecindario no tardará en añadir: «Es un picaron... la va á quitar la vida.» Sepáranse todos á poco rato llevando en la cabeza

la última opinion, la de la vieja, entréganse á sus ocupaciones, ven á sus amigos, arreglan sus asuntos, y cada cual comunica á los otros sin malicia, las impresiones que ha recibido. He ahí lo bastante para que la maldad del marido se haga proverbial en la ciudad; y si por desdicha un día fallece repentinamente la muger á consecuencia de una aplopegía ú otra enfermedad semejante, no faltará quien se atreva á decir, creyéndolo de buena fé, que el mónstruo ha envenenado á su muger. Entonces no faltarán tampoco personas que á renglon seguido se atrevan á jurar la certeza del hecho, y encuentren si á mano vienen pruebas de ello: de modo que el pobre marido, que tal vez es en el fondo un excelente hombre, llega á verse espuesto á que le ahorquen.

*Miguel.* Ay Dios mio!

*Duval.* Bien está: supongamos que le ahorcan, quién tiene la culpa? á quién debe uno achacársela? al acusador? nada de eso... A los testigos? menos... al médico iluso ó ignorante que llega á certificar que la muger ha muerto efectivamente envenenada? No.. no... á ninguno de esos; ninguno de ellos tiene la culpa, la teneis vos... vos solo.

*Miguel.* Yo!

*Duval.* Vos.... que habeis tenido la ocurrencia de preguntar á otro vecino, qué pensais del matrimonio de Fulano?

*Miguel.* Es verdad, pues mirad no habia yo pensado... A vuestra salud!

*Duval.* A la vuestra!... (*Los dos que se habrán levantado de pronto, durante la ultima parte de esta escena, se sientan otra vez y continúan almorzando.*) Hé ahí por qué temiendo yo hacer daño, y ser sin querer un atroz calumniador, prefiero no decir nada... absolutamente nada.

*Miguel.* Oh! lo que es á vos todo el mundo os hace justicia, señor Duval: quereis que os diga una cosa? Sois demasiado bueno.

*Duval.* Eh! dejáos de eso... nunca lo es uno bastante.

*Miguel.* Os digo que si.

*Duval.* Y yo os digo que no.

*Miguel.* Sois asombrosamente bueno; á vuestra salud.

*Duval.* A la vuestra. (*Sale por el foro un correo que trae en la mano una carta sellada con lacre negro.*)

ESCEÑA II.

DICHOS. *Un correo. Poco despues* LUISA. TERESA Y RICARDO.

*Correo.* La señora viuda de Montbally.

*Duval.* Mi prima!... en ese pabellon. (*Señalando al pabellon de la derecha del público, el correo entra en él, vuelve á salir pocos momentos despues y vase por el foro.*) Una carta con lacre negro! Quién habrá muerto? (*Dirígese á mirar al pabellon y Miguel le sigue. Al mismo tiempo salen del pabellon opuesto Luisa, Teresa Ricardo.*)

*Teresa.* Es preciso, Ricardo, es preciso... Vuestra marcha me es muy sensible: pero mi hermana tiene razon y me someto como siempre á su voluntad... Separémonos.

*Miguel.* Hola!... las dos (*Volviéndose á las dos mugeres dice.*) huérfanas y el legista!

*Duval.* Todavía aqui! (*Estarán ocultos á los ojos de los demas personajes, por un árbol colocado cerca del proscenio, en el lado opuesto al emparrado donde han almorzado. Se ponen á escuchar.*)

*Luisa.* Sí, amigos míos, esta separacion de algunos meses es indispensable, aunque dolorosa. Hasta tanto que se hayan realizado vuestras esperanzas, ni Teresa ni yo debemos recibiros por mas tiempo, Ricardo.

*Ricardo.* Pues bien... no olvidéis el juramento que ahora os hago, ya que es preciso que me destierre de estos sitios... algun dia podré mostraros mi agradecimiento y amistad... algun dia Ricardo de Chaviñy, cuya familia está proscripta, Ricardo, cuya vida y libertad se hallan en el dia amenazadas, y que solo á vosotras, sus dos compañeras de niñez, no ha temido revelar su nombre, hará ver que no olvidó nunca las bondades que le dispensó vuestro padre; y podrá ofrecer á sus hijas una existencia digna de ellas.

*Luisa.* Oh! acordaos solamente de mi hermana, Ricardo... por lo que á mi hace creo haber ya fijado mi suerte; aunque no será brillante, será por lo menos dichosa, y



por lo tanto envidiada; esto me basta, y no pido mas al cielo. Adios. (*Miguel alargando la cabeza y mirando.*)

*Miguel.* Eh! qué tal! le ha apretado la mano con mucha ternura.

*Duval.* A cuál? á la mas joven?... á Teresa no es verdad?...

*Miguel.* No señor... á la mayorcita... á Luisa...

*Duval.* A Luisa! (*De pronto.*)

*Miguel.* Sí por cierto, y ahora les aprieta las manos á las dos.

*Duval.* (*Aparte.*) Oh!... es preciso que aclare mis sospechas.

*Miguel.* Cómo?

*Duval.* Nada. Digo que eso no me importa á mi, ni á vos tampoco.

*Teresa.* Adios, y no tardeis en escribirnos.

*Ricardo.* Os lo prometo.: y vos, Teresa, pensad alguna vez durante mi ausencia en el que no os olvidará un solo instante. Adios... adios.

*Miguel.* Pues señor, (*Dirígese Ricardo hácia el foro con las dos mugeres. Miguel mirando á Ricardo, que besa la mano á Teresa.*) á no dudar es de la menor de la que está enamorado.

*Duval.* De veras? (*Ricardo besa la mano á Luisa.*)

*Miguel.* No, es de la mayor.

*Duval.* Ah! si fuese cierto.

*Miguel.* No atino con ello... á no ser que las quiera á las dos á la vez? (*Las dos jóvenes entran en su casa. Ricardo vase por el foro.*)

### ESCENA III.

MIGUEL. DUVAL.

*Duval.* Enamorado de Luisa!... (*Paseándose con agitacion.*)

Oh! yo lo sabré hoy mismo. Pero qué (*Mirando hácia el pabellon de la derecha.*) es lo que pasa en este otro lado? esa carta sellada con lacre negro... no puedo dominar mi impaciencia.

*Miguel.* Qué es lo que teneis, señor Duval? Qué mirais hácia ahí? parece que estais inquieto.

*Duval.* Si... inquieto por mi pobre prima... esa noticia que

acaba de recibir... por ella sola, por su interes propio, quisiera saber...

*Miguel.* Entiendo... sois tan bonazo !... (*Duval continúa mirando.*) Calla!... está llorando!

*Duval.* Tal me parece.

*Miguel.* Oh! pero es un llanto apacible, eso pasará: debe de ser poca cosa.

*Duval.* Sí, porque sino me engaño, á pesar de sus lágrimas, he divisado una sonrisa en sus labios.

*Miguel.* Una sonrisa... vamos, entonces es cosa clara; será alguna herencia.

*Duval.* Una herencia! (*Con codicia.*)

*Miguel.* Que ha de venir á parar en vos con el tiempo como único pariente y heredero de la viuda Montbally.

*Duval.* Callad, por Dios! pobre prima mia, el cielo me libre de todo bien, que me haya de venir por muerte de otro!

*Miguel.* Hombre... la buena señora tiene ya 50 años largos y vos no habeis cumplido aun los 30... ya sabeis ademas que goza de tan mala salud... que hará cosa de seis semanas la tuvieron por muerta una ó dos horas. Y aparte de eso, mas justo es que sus bienes pasen á vuestras manos, que sois su primo y un hombre honrado y franco, que á las de un desconocido, un intrigantuelo que se ha grangeado sin saber cómo el cariño y la predileccion de la viuda.

*Duval.* Ah! hablais de Jorge, no es verdad?

*Miguel.* Sí, del oficial de carpintero que la señora de Montbally ha puesto al frente de todos los dependientes de su casa; de Jorge, el disputador que está siempre armando pependencias con sus compañeros, y que en la ciudad es conocido por el *Buen mozo*; lo que es eso no puede negarse... es buena figura: pero esa circunstancia no tiene nada que ver con lo demas, y de ningun modo justifica la predileccion que le dispensa la viuda.

*Duval.* Amigo Miguel... (*Habrá escuchado todo lo que ha dicho Miguel: al acabar este le coge de la mano y le trae hácia el proscenio.*) lo que acabais de decir es espantoso.

*Miguel.* Cómo!

*Duval.* Horrible!... Hé ahí... hé ahí lo que os decia hace poco, cuando estábamos almorzando, y lo que yo mas

temo en el mundo... la maledicencia... la calumnia.

*Miguel.* Yo!... Qué decís? lléveme el diablo si he tenido la menor intencion...

*Duval.* No por cierto, no la habeis tenido; sino fuera asi, no volveria á hablaros en mi vida; pero procurad en adelante no hacer caso de los rumores injuriosos para el honor ageno, que circulan y se dejan oír al rededor nuestro, aumentándose de hora en hora y de minuto en minuto. ¿No se han atrevido á decir, por qué mi prima, que es dueña de sus acciones y se halla en edad de conducirse con juicio y cordura, ha puesto toda su confianza en un pobre huérfano que recogió y á quien ha colmado de beneficios desde su niñez; porque él solo tiene derecho á hacer aqui todo lo que le acomode, sin que ella le ponga ningun reparo, porque si ella le regaña algunas veces en público, parece que estan en muy buena armonía, cuando se hallan los dos solos... no se han atrevido á decir, repito, y vos mismo acabais de suponer en este momento, que existen relaciones criminales entre mi respetable prima y ese joven?

*Miguel.* He dicho yo tal cosa?

*Duval.* Sobre poco mas ó menos, y en Saint-Omer encontrareis un millar de personas que os dirán otro tanto... De dónde provienen esas voces? Quién es el primero que ha hablado de ello? Nadie lo sabe y desconfio de que se llegue á averignar... pero, mirad, sólo de pensarlo me estremezco de horror y de rabia. Pobre prima mia!... Calumniar!a de ese modo... Oh! no es verdad que tengo razon? es cosa infame! horrible!

*Miguel.* Toma! si hemos de juzgar por las apariencias...

*Duval.* Cómo! os atreveriais á creer?...

*Miguel.* Si quereis que os hable con franqueza... Pues, sí señor, lo creo, lo creo firmemente.

*Duval.* Miguel, si no podeis desechar de vuestra imaginacion ese mal pensamiento, os suplico le reserveis para todo el mundo, no hableis de ello... no hableis de ello á nadie; si no por mi prima, hacedlo al menos por mí... os suplico en nombre de nuestra amistad y con las lágrimas en los ojos, que no hableis á nadie de este asunto.

*Miguel.* Bueno... bueno... no diré nada; hacedis de mí todo lo que quereis.

*Duval.* Hasta la vista, estimable Miguel.

*Miguel.* Hasta la vista, escelente señor Duval; razon tengo en decir que sois demasiado bueno... sois el hombre mejor que hay en Saint-Omer. (*Vase.*)

#### ESCENA IV.

DUVAL, *solo.*

Y tú, con tu probidad y franqueza, eres el tonto mas crédulo y el hablador mas peligroso que yo pudiera emplear para la ejecucion de mis proyectos... corre, imbécil, á quien nuevo y dirijo segun mi capricho, corre á repetir á los ociosos y maldicientes de esta chismosa ciudad, lo que acabas de oir... Tú me ayudarás á perder á Jorge, que no te ha hecho el menor daño, y que te desagrade solo porque yo lo he querido... Le perderé, porque le aborrezco, porque es impetuoso y brutal, porque aun recuerdo sus malos tratamientos cuando eramos niños... y porque acabará tal vez por arrebatarme la herencia de mi prima... Sí, le perderé; la lengua es á veces mas peligrosa que la espada y mas mortifera que el puñal. Le haré despreciar y aborrecer de toda esta ciudad, sin que llegue á adivinar de dónde proviene el desprecio ni el odio, le indispondré con su protectora, y achacará su desgracia á otra persona que no seré yo.... Ni aun llegará á sospechar de mí, porque, como dice ese necio de Miguel, soy reputado entre las gentes por demasiado hombre de bien. (*Mirando hácia la izquierda.*) Ah! hácia aqui viene Luisa... es preciso que la hable; ese joven... Ricardo me da que recelar. (*Luisa habrá salido del pabellon durante estas últimas palabras, lleva en la mano una caja con labores de encage.*)

#### ESCENA V.

DUVAL Y LUISA.

*Luisa.* Perdonad, señor Duval, no os habia visto.

*Duval.* Huís de mí, señorita? (*Deteniendo á Luisa que se dirige al foro.*)

*Duval.* Llevais á lo que parece mucha priesa?

*Luisa.* Voy á entregar esta labor que acabamos Teresa y yo en este instante.

*Duval.* Siempre trabajando!... vos criada entre el lujo y la opulencia!... vos que deberiais... que podriais ahora...

*Luisa.* Oh!... no despertéis mi ambicion, ni me hagais echar de menos con sentimiento una vida que ya no puedo volver á gozar. Mi pádre, arruinado por una especulacion desgraciada, murió de pesadumbre hace un año, pensando mas que en nada en la miseria en que se iban á encontrar sus hijas; y yo, como mas fuerte que mi hermana, he debido prestarme con valor y resignacion á la prueba que Dios ha tenido á bien imponer á las pobres huérfanas. Por mi parte, no deseo riquezas, y en el dia estoy tranquila en cuanto á la suerte de mi hermana.

*Duval.* Cómo!

*Luisa.* Espero que dentro de poco podrá unirse con el que ama, y que con él no echará de menos nuestra antigua opulencia.

*Duval.* Con el que ama? ah! hablareis sin duda de ese joven legista que fue amigo de vuestro padre, y que se marcha hoy mismo para ir á acabar sus estudios á Tolosa? Ricardo creo que es su nombre?

*Luisa.* Señor Duval, ese secreto no es mio, sino de mi hermana... dispensadme que no conteste á vuestra pregunta. Quedad con Dios.

*Duval.* Un instante, un instante no mas, amable Luisa, no os alejeis sin haberme prometido que vos tambien aceptareis en fin el apoyo, la proteccion de un amigo que no tiene mas que un deseo, y es el de haceros olvidar vuestros pesares, el de daros una prueba...

*Luisa.* Entiendo, señor Duval: ese amigo sois vos, no es verdad? vos, á quien ya mas de una vez he pedido con instancia que no me volvais á hablar de lo que vos llamais amistad.

*Duval.* De mi amor, Luisa, porque ya es inútil ocultar por mas tiempo mis sentimientos respecto á vos: sí, de mi amor... No creo ofenderos con esta declaracion pues os propongo con ella el nombre de esposa mia.

*Luisa.* Yo, muger vuestra!

*Duval.* Decid una palabra, y corro á solicitar la aprobacion de mi prima para este enlace.

*Luisa.* Voy á responderos con franqueza, señor Duval; yo no puedo ser vuestra muger.

*Duval.* Qué obstáculo se opone?

*Luisa.* Uno solo.

*Duval.* No me amais?

*Luisa.* Amo á otro.

*Duval.* A otro!... Quién es?... tal vez ese joven, Ricardo...

*Luisa.* Ricardo, no; Ricardo ocupará algun dia un puesto brillante en la sociedad, y ya os he dicho que estaba resignada á vivir y á morir pobre.

*Duval.* En fin, quién es ese rival? Os negareis á decirme su nombre?

*Luisa.* No: el que amo es un joven que trabaja en esta casa, pobre y sin familia como yo, un joven irascible y de caracter violento, segun opinion de cuantos me rodean... pero á pesar de eso le amo.

*Duval.* Cielos!... es Jorge! Jorge sin duda.

*Luisa.* Si, Jorge.

*Duval.* Siempre, siempre él! (*Aparte.*)

*Luisa.* Le amo, porque el corazon de ese hombre brusco y arrebatado, es noble y generoso; le amo, porque... escuchadme, y vereis si no es una obligacion en mí el amarle. Cuando llorábamos la muerte de mi padre, cuando sin haber aun dado sepultura á su cuerpo vinieron á vendernos los pocos muebles que nos habia legado su desdicha: cuando nos vimos abandonadas de todos sus amigos... porque el mismo Ricardo ignoraba nuestra desgracia; mi hermana, viendo que los hombres eran tan despiadados é ingratos, mi pobre hermana se atrevió á dudar de la bondad de Dios, y atentó contra su vida... Jorge se precipitó en las olas para salvarla la vida y la volvió á mis brazos; él fue tambien el que nos trajo despues al lado de vuestra prima. Sin él, Teresa y yo hubiéramos muerto de miseria... Qué importan, decidme ahora sus defectos cuando es tan acreedor á mi gratitud? Ocho dias hace tan solo que me declaró su cariño... pero hace tiempo que yo le amaba... Oh! le amaba con todo el ardor de mi alma, desde que me quedé huérfana, desde que salvó la vida á mi hermana.

*Duval.* Y creéis que mi prima consentirá en ese casamiento? (*Con frialdad.*)

*Luisa.* Por qué motivo y con qué derecho habia de oponerse á él?

*Duval.* Teneis razon: los rumores que corren acerca de ella no son mas que falsedad y mentira... pero sin embargo, á fuerza de oír uno...

*Luisa.* Esplicaos, señor Duval... qué voces son esas que corren?

*Duval.* No me hagais caso... ese Miguel con sus habladerias me ha calentado la cabeza en tales términos...

*Luisa.* El señor Miguel?... el cerragero! qué os ha dicho?

*Duval.* Nada, nada, es un necio que todo lo ve por el lado malo.

*Luisa.* Pero en fin, qué os ha dicho?

*Duval.* Dios me libre de ser el eco de infamias semejantes.

*Luisa.* Esplicaos por Dios.

*Duval.* No hablemos mas de ello. Os doy las gracias por vuestra franqueza, y deseo que seais dichosa... mal podriais aceptar mi mano en efecto si amais á otro. En cuanto á mi respetable prima, estoy tan convencido como vos de que no tiene ningun motivo para oponerse á vuestro casamiento, ni menos derecho para estar celosa.

*Luisa.* Celosa!

*Duval.* Oh! no por cierto... Si algun obstáculo se origina, á buen seguro que provenga de ella.

*Luisa.* Celos! la señora de Montbally celosa? Dios mio! Jamas se me habia ocurrido tal idea! (*Aparte.*)

*Jorge.* (*Dentro.*) No, vive Dios... esto no ha de quedar asi. El que ha dicho eso es un miserable.

*Luisa.* Ah! Jorge!

*Duval.* El es en efecto... Viene disputando como de costumbre.

*Luisa.* Oh! no quiero verle en este momento. Hasta despues, señor Duval. (*Vase por la derecha.*)

*Duval.* Id con Dios, señorita. (*Al mismo tiempo sale Jorge por la izquierda del foro disputando con otros artesanos que vienen detras.*)

## ESCENA VI.

JORGE. DUVAL. MIGUEL Y ARTESANOS.

*Jorge.* Repito que el que ha dicho eso, el que ha tenido la insolencia de propalar tales voces es un bribon, un infame. (*Movimiento de todos cuantos le rodean.*) Sí, un infame... No creais que lo digo por mí, yo me rio de vuestras habladurías... lo digo por ella... lo ois?... por ella sola. Una pobre señora que nos está colmando á todos de beneficios, una muger á quien debíais querer y respetar como madre... Oh!... voto á brios... yo haré que se la respete. Vamos á ver quién es el primero que ha propalado esa infamia?... Has sido tú?... has sido tú?... Hola! nadie contesta... es decir que los que son tan villanos cuando uno no está delante, son unos cobardes indecentes cuando se ofrece hablar cara á cara?

*Miguel.* Cobardes! (*Acolorándose.*) Oye tú, carpintero baladron, si crearás que á mi me metes miedo?

*Jorge.* Hola!... parece que ya habló alguno, gracias á Dios. (*Dirigiéndose á Miguel.*) Eres tú?... me alegro... así pagarás por todos... aguarda. (*Jorge va á lanzarse á él y Miguel se pone en defensa: los demas acuden á separarlos; al mismo tiempo que sale por el pabellon de la derecha madama de Montbally.*)

*Todos.* El ama!

## ESCENA XIV.

DICHOS. MADAMA DE MONTBALLY.

*Montbally.* Qué veo? Jorge? qué significa esto?

*Jorge.* Señora, disimulad, es que...

*Montbally.* Es que... es que... siempre habeis de ser vos.

*Jorge.* Pero si...

*Montbally.* Apostaria á que vos teneis la culpa. Siempre estais dando mal ejemplo.

*Jorge.* Pero si supiéseis lo que estas malas lenguas...

*Montbally.* Otra vez!... callad, os digo.

*Jorge.* Pero...



*Montbally.* Callad.

*Jorge.* Bien está. (*Aparte.*) Juro que no ha de quedar así.

*Montbally.* Buenos días, primo; (*A Duval.*) no os marcheis sin hablarme, tengo que confiaros un secreto.

*Duval.* Un secreto!

*Montbally.* Pero antes de todo quiero dar ciertas órdenes á Jorge, y echarle una reprimenda.

*Miguel.* Otra cita!

*Duval.* Miguel, ya sabeis que no me gustan las malas lenguas. (*Bajo y volviéndole la espalda.*)

*Jorge.* (*Bajo á Miguel.*) Yo te ajustaré la cuenta, cerrero de mi alma.

*Miguel.* (*Id.*) Cuando gustes.

*Montbally.* Dejadnos solos.

### ESCENA VIII.

MADAMA MONTBALLY. JORGE.

(*Pausa. Jorge mira con impaciencia á los que se marchan.*)

*Montbally.* Se alejaron ya? (*Volviéndose á Jorge.*)

*Jorge.* Todavía, todavía... andan con una calma!... Cualquiera diria que lo hacen aposta. Voto á...

*Montbally.* Vamos, Jorge, me tienes prometido no jurar.

*Jorge.* Es verdad... ah!... gracias á Dios que ya se fueron.

(*Madama Montbally le alarga la mano, él se la besa diciendo.*) Madre mia! querida madre!

*Montbally.* Sí, tu madre que solo es dichosa cuando la das ese nombre.

*Jorge.* Qué contento estoy!... este instante me indemniza de cuanto tengo que reprimirme delante de esa gente... mirad, desde que han empezado las hablillas entre ellos estoy que no puedo sufrir mas: á cada momento pierdo la paciencia, me desespero, me irrito á pesar de todas las promesas que os he hecho, y no tengo mas rato de alegría que cuando estoy solo á vuestro lado.

*Montbally.* Jorge... querido Jorge!

*Jorge.* (*Esclamando.*) Dios mio!

*Montbally.* Qué tienes?

*Jorge.* Os han visto abrazarme... el primo Duval por aqui, y el maldito cerragero por aquel lado.

*Montbally.* No importa.

*Jorge.* Cómo que no importa? ah! bien se conoce que no sabeis qué es lo que ha motivado la disputa de hace poco.

*Montbally.* Sí tal, lo sospecho.

*Jorge.* Y os es indiferente que nos hayan visto?

*Montbally.* Enteramente indiferente. Llama á los dos.

*Jorge.* Cómo!

*Montbally.* No quiero callar por mas tiempo á mi primo el secreto que he prometido revelarle.

*Jorge.* Un secreto? cuál es?

*Montbally.* Que ya puedes abrazarme y llamarme madre á la faz del mundo, hijo mio.

*Jorge.* Será posible!... ah! no acabo de creer tanta dicha. Pero cómo puede ser? esplicadme...

*Montbally.* Delante de ellos lo sabrás todo. Mi primo Duval tiene derecho á saber la verdad, y quiero dar al propio tiempo una leccion á Miguel. Llámalos. (*Ambos aparecen durante estas lineas en un extremo del teatro. Miguel á la izquierda y Duval á la derecha.*)

*Jorge.* No me costará mucho trabajo, porque desde aqui los veo alargar la cabeza. Señor Duval, el ama os quiere hablar; y tú, cerragero imbécil, no tienes que esconderte, ven si quieres saber una cosa.

*Miguel.* Es que... (*Madama Montbally le hace seña de que se quede.*)

*Jorge.* No oyes que tienen que hablarte? (*Tirándole del brazo.*)

## ESCENA IX.

DICHOS. DUVAL Y MIGUEL.

*Montbally.* Sentaos. (*Duval se apresura á ofrecerla un asiento tomã otro para él y los demas hacen lo mismo. Siéntase Jorge á la izquierda, la madre en medio. Duval á la derecha y Miguel á su lado.*)

*Duval.* Cuando gustéis, querida prima.

*Miguel.* (*Aparte.*) Qué diablos tendrá que decirnos?

*Montbally.* Ya sabeis, primo mio, que habrá unos 29 años

me casé con un pobre soldado llamado Gerardo de Montbally, á disgusto de mi familia y contra la voluntad de un tio de quien dependia todo mi porvenir, el cual juró no perdonarme nunca por aquella boda. De muy antiguo existia un odio irreconciliable entre mi familia y la de Montbally: mi marido mismo dió pruebas á mi tio en mas de una ocasion de que se habian arraigado en su pecho las semillas de aquella enemistad, y por lo tanto fueron inútiles cuantos esfuerzos hice para reconciliarlos. A la par de estos disgustos veiamos crecer de dia en dia nuestra miseria, pero sobrellevábamos sin embargo con resignacion nuestra desgracia, y un pensamiento nos consolaba en medio de nuestras desdichas: iba á ser madrs.

*Jorge. Duval. Miguel.* Madre!

*Montbally.* Insensatos! nuestros sueños de felicidad debian desvanecerse muy cruelmente. Fuéme preciso separarme de Gerardo: á poco tiempo Luis XV acababa de declarar la guerra á Maria Teresa... toda la Francia se aprestaba para la guerra. Mi marido fue arrancado de mis brazos para no volver á ellos jamas. Al mes de nuestra separacion obtuvo en el sitio de Tribourgo el aciago honor de subir uno de los primeros al asalto, y herido de muerte... (*Solloza.*)

*Jorge. (Aparte.)* Pobre padre!

*Duval.* Vamos, serenaos, prima mia,

*Miguel. (Aparte.)* Pues parece una buena muger... casi casi me arrepiento de...

*Montbally.* Mi inexorable tio vino en persona á darme tan terrible nueva. Habia jurado, me dijo, ser un extraño para tí, y vuelvo á verte sin embargo porque tu esposo ha muerto sin hijos: de otro modo no me hubieras vuelto á ver, porque jamas hubiera consentido en dejar mis bienes, ni hubiera podido mirar nunca con cariño á un hijo de Gerardo Montbally, de mi mortal enemigo. Yo no tuve valor para responderle; perdí el sentido, y cuando volví en mi acuerdo, el lujo y todo género de comodidades habian sustituido á la miseria mas espantosa. A cualquier lado que volviera la vista, veia una prueba de que mi tio habia perdonado. Me acordé entonces de sus últimas palabras, y quise rechazar al pronto con horror su perdon y sus beneficios, pero en seguida se

ofreció á mi imaginacion la idea de que iba á ser madre, y temiendo la cólera del cruel anciano, vencí mi aversion, y oculté con el mayor cuidado el nacimiento de mi hijo.

*Duval.* De su hijo?

*Miguel.* Cómo! qué es lo que dice?

*Montbally.* Sí, de mi hijo... (*Mirando á Jorge.*) Huí del lado de todos los míos para criarle, porque creo que ni aun á costa de su felicidad futura hubiese consentido en confiar á una persona estraña el cargo de cuidar de mi hijo.

*Jorge.* Madre! querida madre!

*Duval.* Su madre!... es posible!

*Miguel.* Esta es otra! Conque el carpintero era su hijo?

*Jorge.* Como lo oyes, cerragero.

*Montbally.* Cuando regresé al lugar que me vió nacer, y volví á entrar en esta casa, se hallaba ya mi hijo en edad de comprenderme, y era sabedor de todo. Mi tio continuaba viviendo á pocas leguas de Saint-Omer. Fui á verle sola primeramente, con la esperanza de que podría en fin descubrirselo todo y presentarle á mi hijo. Imposible! á pesar de los años trascurridos, su odio habia sobrevivido á la muerte de su enemigo: pronunciaba siempre lleno de cólera el nombre del pobre Gerardo... y yo que habia vivido hasta aquel dia, merced á sus beneficios, que le debia la prosperidad de mi casa, de la tuya, Jorge... y que con una palabra podia destruirlo todo, dejé espirar en mis labios la confesion que iba á hacerle, y he guardado mi secreto hasta hoy.

*Jorge.* Sí, madre mia... y hasta hoy me habeis exigido el mismo silencio, la misma reserva: y yo os he obedecido, aunque bien á mi pesar, pues mil veces os he suplicado que consintieseis en hacerme perder todo el brillante porvenir que se me presentaba y publicaseis la verdad. Desde que tuve uso de razon quise aprender un oficio para vivir, para pagaros si llegaba el caso todo el bien que me habiais hecho, y siempre me negué á adular á ese viejo implacable, que insultaba la memoria de mi padre, lanzando injurias y maldiciones sobre su sepulcro. Gracias al cielo os habeis decidido á seguir mis consejos, madre mia: preferis la pobreza á tan horrible suplicio, y os habeis resuelto á llamarme vuestro hijo

á la faz de todos, sin temer la cólera de ese hombre Gracias, madre mia, gracias, por fin respiro... soy dichoso. Miguel, te perdono; y vos, buen primo, abrazadme.

*Duval.* Solo el respeto que siempre me habeis inspirado, querida prima, podria estorbarme que pusiese en duda....

*Montbally.* La veracidad de cuanto acabo de deciros? Agradezco esa confianza, primo mio, y quiero justificarla enseñándoos estos papeles.

*Duval.* Qué papeles?

*Montbally.* La fe de bautismo de Jorge, y esta carta que acabo de recibir.

*Miguel.* La carta del lacre negro.

*Duval.* (*Recorriendo los papeles.*) Vuestro tio ha muerto y os deja sus bienes... una renta de quince mil francos anuales en favor vuestro!

*Montbally.* O mejor dicho, en favor de mi hijo, porque solo por él queria ser rica.

*Jorge.* Y yo solo queria poderos dar públicamente el dulce nombre de madre. Venid, venid, madre mia, vamos á decir á todos mis compañeros que soy vuestro hijo.

*Miguel.* Y yo á reparar el mal que he hecho sin malicia. Pero señor, qué habladora y qué mala es la gente en una ciudad pequeña! Oh! voy á contar á todo el mundo lo que acabo de saber, y el primero que se atreva á dudarlo tendrá que habérselas conmigo. Hasta la vista, Jorge Montbally.

*Jorge.* Hasta la vista, Miguel, y pelillos á la mar. Quedad con Dios, primo. (*Le dá un apretón de manos, y váse con su madre. El cerrogero se va por el otro lado. Casi al mismo tiempo aparece Luisa por el foro derecho, y viendo salir á Jorge de brazero con su madre los mira con ademan inquieto.*)

## ESCENA X.

DUVAL Y LUISA.

*Duval.* (*Sin verla.*) Su primo!... su primo! Oh! estoy furioso!... Parece que ese hombre ha nacido para hacerme daño, para desesperarme! (*Mientas dice esto, Luisa*

*sale y se dirige al pabellon de la izquierda.*) Ah! os doy la euhorabuena, señorita, teneis gran suerte y vuestra elección estaba harto bien calculada para una muger que se habia resignado á vivir y morir pobre.

*Luisa.* Cómo!... Qué quereis decir?

*Duval.* Jorge, mi rival preferido, es ya el amo de esta casa.

*Luisa.* El amo de esta casa?

*Duval.* Puede llevar desde hoy el apellido de Montbally; en fin no es como la calumnia habia osado suponer, el amante de la viuda, sino su hijo legítimo.

*Luisa.* Su hijo!... ah! gracias, gracias, señor Duval, no sabeis la alegría que me habeis dado.

*Duval.* Qué decís?

*Luisa.* La predileccion de madama Montbally hácia Jorge habia despertado en mí crueles sospechas... en vano me habiais dicho que todo cuanto se decia era mentira y falsedad; á pesar mio, temia y tenia celos... pero ya no los tengo, es su madre... me lo habeis dicho... Oh! vos no podeis mentir... es su madre!

*Duval.* La cual acaba de heredar una renta de 15 mil francos, y ya os podeis figurar que segun las apariencias no aprobará fácilmente...

*Luisa.* El amor de Jorge á la pobre huérfana? Es verdad, señor Duval, teneis razon, esa palabra ha destruido todos mis sueños de felicidad. Mirad, ahora recuerdo que lo que mas me atormentaba esta mañana desde que me separé de vos, lo que hacia renacer incesantemente esas terribles sospechas, es que ayer madama de Montbally me habia hablado de Jorge.

*Duval.* Y bien?

*Luisa.* Me habia suplicado que renunciase á él, y no le permitiese que me hablase mas de amor, porque segun decia era deber mio acceder á aquella súplica dándola asi una muestra de mi cariño.

*Duval.* Ah!... mi prima ha dicho eso? es posible?

*Luisa.* Ahora lo comprendo todo; querrá elegir por sí misma la que ha ser esposa de Jorge, y conozco harto bien que nuestro enlace es imposible.

*Duval.* Asi lo creo en efecto. (*Madama de Montbally entra por el foro y escucha.*)

## ESCENA XI.

DICHOS. JORGE. MADAMA MONTBALLY.

*Luisa. (Sin verlos.)* Oh!... yo sabré tener valor. Jorge me ama bastante para sacrificarme hasta la certeza de un brillante porvenir, lo sé muy bien: pero nunca consentiré. Este comportamiento es en mí un deber. Madame de Montbally me recogió en su casa cuando me hallaba desamparada y sin asilo, y nunca olvidaré sus beneficios, ni será motivo de discordia entre un hijo y su madre. Me marcharé, huiré de su lado.

*Jorge. (Interponiéndose entre ella y Duval.)* No, te quedarás, Luisa; te quedarás al lado de tu marido.

*Luisa.* Mí marido!... ah!... estábais ahí?

*Jorge.* No temas, y pregúntale si no es cierto que tienes derecho de llamarla madre?

*Montbally.* Sí, desde hoy lo seré, Luisa. Olvida nuestra conversacion de ayer y perdóname por haberte alligido. Qué quieres? la idea de perder el cariño de Jorge me habia vuelto ingrata y cruel contigo; pero ahora me avergüenzo de mi egoismo al ver tus lágrimas. No pienso, no quiero mas que la felicidad de mi hijo.

*Jorge.* Y la de vuestra hija, querida madre, abrazadla.

*Montbally.* Con todo mi corazon. Hijos míos, no nos separaremos nunca, querido Jorge.

*Jorge.* Nunca. Viviremos juntos, y seremos dichosos.

## ESCENA XII.

DICHOS. MIGUEL. ARTESANOS. VECINOS Y VECINAS.

*(Miguel sale á la cabeza de los oficiales que vienen todos vestidos de día de fiesta con ramilletes en la mano.)*

*Miguel.* Si por cierto que sereis dichosos: esos son los deseos de todos vuestros amigos, de todos los habitantes de Saint-Omer. No es verdad que serán dichosos, señor Duval?

*Duval.* Así lo creo y lo deseo. *(Aparte.)* Qué fatalidad! cuando estaba yo seguro de indisponerle con su bienhe-

chora, venimos á descubrir que es su madre! No importa: veremos de perderle por otros medios. (*Va á incorporarse al grupo que se habrá formado al rededor de madama de Montbally, Jorge y Luisa, á los cuales felicita como á los demas.*)

*Miguel.* Escelente hombre, pierde la herencia y está tan contento como todos nosotros. Vamos, está visto, es el hombre mas de bien que pisa la tierra.





---

---

## Acto segundo.

---

Una sala bien alhajada en casa de la viuda Montbally y que comunica por un lado con el cuarto de la madre, y por el otro con el de los esposos. Ventanas á derecha é izquierda del foro. En el centro una gran puerta con escalera que da al jardin y que tendrá seis ó siete escalones por ambos lados.

### ESCENA PRIMERA.

LUISA. TERESA.

*Teresa.* Es decir, hermana mia, que no estais segura de que sea hoy?

*Luisa.* No, no lo sé á punto fijo.

*Teresa.* Y la carta que aguardamos, ó que aguardaba yo al menos con tanta impaciencia?

*Luisa.* Aun no ha llegado, pero en cuanto la reciba...

*Teresa.* Me lo mandarás á decir al punto; no es verdad, querida Luisa?

*Luisa.* Inmediatamente.

*Teresa.* Oh! Cuanto te debo, y cuán agradecidos debemos estarle Ricardo y yo! Pero ahora que me acuerdo, qué loca soy!... debes haberte enojado conmigo.

*Luisa.* Cómo ó por qué?

*Teresa.* Hace una hora que estamos juntas, y aun no te he hablado mas que de mí... no te he preguntado nada acerca de tu marido, de mi salvador, porque jamas olvidaré que le debo la vida. Vamos, dime, te ama siempre mucho, no es verdad?

*Luisa.* Sí, siempre.

*Teresa.* Seguíis siendo muy dichosos?

*Luisa.* Dichosos!... Sí. (*Suspira.*)

*Teresa.* Con que frialdad lo dices! Tienes algun pesar?

*Luisa.* Tal vez.

*Teresa.* Dios mio!... Y por qué me lo ocultas, quiero que me le confies.

*Luisa.* No, hermana mia. Tú nó estás en edad de comprender los pesares que me atormentan, y espero que Dios te preserve de tener que conocerlos nunca.

*Teresa.* Hace poco estaba tan contenta... y ahora la idea sola de que mi hermana no es dichosa...

*Luisa.* Calla; aqui se acerca mi marido.

*Teresa.* Y él tambien, qué triste está!

*Luisa.* Calla.

## ESCENA II.

DICHAS. JORGE.

(*Sale pensativo y trae en la mano sus útiles de carpintero, sierra, martillo y una hachuela que va á colgar en la pared: acércase en seguida á las dos mugeres, da la mano á Luisa y besa en la frente á la joven.*)

*Jorge.* Buencs dias, Teresa... buenos dias, hermana mia... Qué teneis las dos? Os molesta mi presencia?

*Luisa.* Jorge! qué es lo que dices?

*Teresa.* Como habeis podido hacer esa suposicion, hermano mio?

*Jorge.* No me hagais caso. Nada mas natural que las jóvenes tengan secretos entre sí. Era solamente un poco de curiosidad. (*Va á sentarse en ademan pensativo.*)

*Teresa.* (*Bajo á su hermana.*) Conozco que los dos sufrís... pero... por qué causa? Esta es la primera vez que me apercibo de ello.

*Luisa.* Déjanos, Teresa.

*Teresa.* Me retiro, pero volveré despues, hermana mia, y preciso será entonces que me descubras lo que teneis. Adios.

*Jorge.* Adios. (*Incorporándose un tanto y alargando la mano hácia Teresa.*)

*Teresa. (Dirigiéndose á ambos y mirándolos con inquietud.)* Adios.

### ESCENA III.

JORGE. LUISA.

*(Jorge ha vuelto á quedarse absorto. Luisa se acerca á él y le toca suavemente en el hombro.)*

*Luisa.* Jorge... qué tienes?

*Jorge.* Qué? lo mismo que siempre. Que nunca saldremos de este estado! acabo de tener una disputa con mi madre!

*Luisa.* Y por qué?

*Jorge.* Lo sé yo acaso? De algun tiempo á esta parte no la conozco. Antes parecia querernos entrañablemente; el dia de nuestra boda estuyo tan contenta; tan jovial!... Los primeros meses de nuestro casamiento se llevó perfectamente con nosotros, y ahora parece ya otra muger enteramente. Cualquiera diria que nos ve con disgusto á su lado y en su casa; que no nos quiere. Yo mismo... su propio hijo, soy tratado por ella á veces como un extraño... tanto que tengo que violentarme para no volver á mi antiguo caracter irascible y arrebatado.

*Luisa.* Serénate, Jorge.

*Jorge.* Ella, tan indulgente conmigo anteriormente, de repente se ha vuelto inflexible y cruel, y gracias á las habladurias de los vecinos, en la ciudad corre muy válida la voz de que yo aborrezco y doy mala vida á mi madre: ah! es insufrible!

*Luisa.* Jorge, amigo mio!

*Jorge.* No, Luisa, no; ya no puedo contenerme mas... estas miserables rencillas, estos continuos disgustos domesticos que le asedian á uno sin descanso en medio de su hogar, en el seno de su familia, son peores que todas las demas desgracias, y destruyen no solo el sosiego, sino la confianza y el cariño. Te confieso que no tengo valor para sufrirlas por mas tiempo.

*Luisa.* Pues bien, sigue mi ejemplo y lograrás vencerte como yo. Me has oido nunca levantar la voz en ninguna de esas disputas? Me has oido nunca cuando estamos

solos proferir una sola queja contra nuestra suerte, á pesar de que soy yo el principal blanco de la injusta aversion de tu madre?

*Jorge.* No; tú lejos de quejarte, has querido demostrarme muchas veces que eras dichosa, y yo lo anhela tanto, que he acabado por creerte... pero una hora despues, te he sorprendido con los ojos llorosos, y he conocido que sufrías tanto como yo. Quién diría que todo esto se lo debemos á mi madre? A mi madre, por quien daría con tanto gusto mi sangre y mi vida. Oh!... no me quiere, no, ya no me quiere.

*Luisa.* Te engañas, Jorge; te quiere siempre, y quizás ahora mas que nunca; te quiere con toda la ternura y con toda la envidia de una madre. Acuérdate que la víspera de nuestra boda exigió de mí que rompíese para siempre contigo por solo la idea de que iba á perder una gran parte del cariño de su hijo. Ese mal pensamiento que logró vencer durante los primeros meses de nuestro matrimonio, habrá vuelto á renacer en ella con mas vehemencia, ahora que se siente débil y enferma: lo que á veces tomamos por un arrebato de cólera, no es mas que un acceso de fiebre tal vez. Además, quieres que te diga una cosa Jorge? se me figura que tu madre no ve, no piensa, no obra por sí misma, sino instigada por algun enemigo nuestro, por algun genio maléfico, que ha venido á interponerse entre ella y nosotros para cambiar y pervertir su caracter.

*Jorge.* Un enemigo nuestro! á quién he hecho yo mal acaso? Quién puede aborrecerme hasta el punto de gozarse en hacerme tan desgraciado?

#### ESCENA IV.

DICHOS. MIGUEL.

*Miguel.* (*Aparte en el foro y saluda.*) Buenos dias, Jorge. Muy felices, señora. Vengo á hacer mi cotidiana visita á madama de Montbally. Está visible?

*Jorge.* (*Mirándole de reojo.*) Ah! sois vos, Miguel?

*Miguel.* Yo mismo para lo que gustéis, Jorge.

*Jorge.* (*Bajo y mirándole siempre de reojo.*) Te engañas,

Luisa. El que está constantemente interpuesto entre mi madre y nosotros, no es un enemigo, no es siquiera un hombre de mala intencion, es un tonto, un hablador.

*Miguel. (Aparte.)* Qué estarán hablando entre sí!... como me miran!

*Jorge. (Id.)* Es un hombre que pasa su vida murmurando de lo que hacen los demas, es el eco de cuantos chismes y habladurias circulan por la ciudad... en fin, es ese hombre, Miguel el cerragero.

*Miguel.* Vamos á esto, amiguito, me hareis el gusto de no mirarme asi mucho tiempo.

*Jorge.* Tenga un poco de paciencia el señor cerragero, y no crea que quiero ahora reñir con él como en otro tiempo, porque en el dia le miro con demasiado desprecio para tomarme la molestia de levantarle la mano.

*Miguel.* Eh! cómo se entiende?...

*Luisa.* Por piedad, Jorge.

*Jorge.* Qué es lo que venis á hacer aqui todos los dias? Por qué no os estais en vuestra casa trabajando ó despachando vuestros negocios? Que buskais aqui? Quién os ha llamado?

*Miguel.* Ni vos ni vuestra muger, á buen seguro: pero me ha llamado otra persona que manda mas que vos: me ha llamado vuestra madre. Justo es que sus amigos vengán á hacerla compañía, á consolarla: harto pasa la infeliz!

*Jorge.* Infeliz!... por culpa mia, no es verdad? No es eso lo que quieres decir, miserable? Crees que no he oido esta mañana á mi primo Duval afearte esa indigna suposicion? Sal de aqui inmediatamente chismoso... que no te vuelva á ver aqui mas... sal de mi casa en el acto.

*Miguel.* Yo no estoy en vuestra casa. Estoy en la de madama de Montbally. (*Señalando á madama Montbally y Duval que salen por la izquierda.*)

*Jorge. Luisa.* Mi madre!

*Miguel.* Si ella me manda que me marche, la obedeceré inmediatamente.

## ESCENA V.

DICHOS. MADAMA MONTEALLY. DUVAL.

*Montbally.* Marcharos de mi casa! vos, Miguel, mi mejor amigo! el único que se atreve á decirme la verdad sobre lo que pasa á mi al rededor. Ah! Jorge este mal proceder faltaba á cuantos de algun tiempo á esta parte estoy sufriendo de vos y de vuestra muger.

*Jorge.* Es decir que os poneis del lado de ese hombre y le dais la razon.

*Montbally.* Soy justa, y me pongo del lado de los que me quieren bien contra los que me desean mal.

*Duval.* Si me permitiéscis, prima mia, haceros una reflexion...

*Montbally.* No os molesteis, Duval... conozco vuestras intenciones. Siempre tomais la defensa de mi hijo y de mi nuera, porque quisiérais restablecer en esta casa la paz á toda costa. Eso es muy propio de un buen pariente, pero ya sabeis que á pesar de haber hablado toda la tarde en ese sentido, solo habeis logrado persuadirme de lo contrario de cuanto me habeis dicho.

*Duval. (Aparte.)* Perfectamente! Eso es lo que yo queria.

*Montbally.* Creo la paz imposible desde ahora entre nosotros. He sufrido mucho de algunos dias á esta parte; y con gran dolor mio conozco que he perdido para siempre el cariño y la estimacion de mi hijo.

*Jorge.* Ah! cómo es posible que vos creais eso? Dios mio!

*Montbally.* Sí lo creo; y el pesar de creerlo acabará conmigo; vuestra será la culpa.

*Jorge.* Ah! madre mia, madre mia! eso que decís es horrible.

*Montbally.* Sí, moriré por vuestra causa, pero dejadme hasta que llegue ese dia escoger mis amigos segun mi albedrio, y no los echeis de mi casa.

*Jorge.* Teneis razon... nosotros somos los que debemos salir de ella... y no tardaremos.

*Montbally.* Cómo! qué significa...

*Jorge.* Esto significa, señora, que si en efecto ese hombre es vuestro amigo, yo no puedo ser para vos un extraño. Significa que le aborrezco tanto como le desprecio,

y por último, que si no teneis en mí la necesaria confianza para pedirle que suprima sus visitas, mi muger y yo os libraremos desde luego de nuestra presencia. Nos marcharemos.

*Montbally. (Llora.)* Qué oigo! quiere abandonarme! El... Oh! Dios mio!

*Luisa. (Bajo á su marido.)* Mírala! Te digo que sufre mas que nosotros.

*Jorge. (Sin mirarla y muy conmovido.)* Qué habeis resuelto, madre mia?

*Montbally.* Qué he resuelto? (*Ruido de campanas.*)

*Luisa.* Jorge, esta es la hora de retirarse los trabajadores, y de que vayas á hacerte cargo de sus tareas: no te descuides. Pero reconciliate con tu madre antes de salir de aqui. Ya ves como llora... es señal de que ha pasado su enojo. Bien sabes ademas que por muy enfadados que esteis, nunca os separareis sin daros antes un abrazo. (*Movimiento de indecision de Jorge y madama Montbally. Luisa se coloca entre los dos y los coge de la mano.*) Jorge, yo te lo mando. Y á vos, señora, os lo suplico. (*Dejándose caer á los pies de madama de Montbally. Jorge abraza á su madre y vase por el foro. Luisa se retira por la derecha.*)

## ESCENA VI.

MADAMA MONTBALLY. DUVAL. MIGUEL.

(*Momento de silencio. Miguel se queda estupefacto, la madre sigue llorando, y Duval observa á los dos con atencion.*)

*Miguel. (Aparte.)* Buenos estamos! Yo tambien lloro sin poderlo remediar. Ahora voy creyendo que yo no tenia razon: es el caso que siempre se me figura que obro bien y siempre estoy cometiendo disparates.

*Duval.* Hé ahi vuestra obra, señor Miguel. (*Con tono brusco y dirigiéndose á él.*)

*Miguel.* Teneis razon: eso mismo me estaba diciendo ahora para mi capote. Esa es tu obra! y por eso me voy de aqui, no sea que vuelva á hacer otra por el estilo.

Me voy á plantar yo mismo de patas en la calle para evitaros esa molestia, señora de Montbally. Serenaos y perdonadme. Buenas noches.

*Montbally.* (*Deteniéndole debilmente.*) Miguel!

*Duval.* Dice bien mi prima, (*De pronto y cerrándole el paso.*) no podeis marcharos asi. Pues que, no hay mas que destruir el sosiego y la tranquilidad de una familia, y marcharse despues sin dar la menor esplicacion acerca de su conducta? Queremos saber qué razones habeis tenido para propalar esas voces, y yo por mi parte quiero saber ademas si puedo daros la mano, y llamaros amigo.

*Miguel.* No os enfadeis, escelente señor Duval, es que...

*Duval.* Escelente señor Duval!... no se trata ahora de mi bondad, de mi honradez, no es eso lo que yo os pregunto. Por qué os habeis declarado enemigo de Jorge y su esposa?

*Miguel.* Yo no soy enemigo suyo.

*Duval.* Por qué hablais mal de ellos?

*Miguel.* Yo digo lo que oigo decir en todas partes!

*Montbally.* (*Levantándose y acercándose á ellos.*) En todas partes!

*Duval.* (*Colocado entre Miguel y madama Montbally y hablando muy acaloradamente para evitar la menor réplica de uno y otro.*) Cómo! Habeis oido decir en todas partes que mi prima no tiene poder ni mando alguno en su casa?

*Miguel.* Eso mismo.

*Duval.* Que su hijo no aplaude mas que lo que hace su muger y que ella es la que dispone y manda á su antojo en la familia?

*Miguel.* Eso mismo.

*Duval.* Habeis oido decir que ambos llevan contados los dias de su madre, que cuando la pobre señora sufre mas es cuando se los ve mas risueños como si creyesen próximo el instante en que hubiesen de ser dueños de sus riquezas, y en fin, que no hay género de disgustos y humillaciones que no hagan experimentar á la desgraciada viuda?

*Miguel.* Eso, eso mismo.

*Montbally.* Basta, basta, Duval; me haceis estremecer.

*Duval.* Tranquilizaos, señora. Este hombre no dice la ver-



dad... eso no puede ser. Vamos, (*A Miguel.*) hablad vos, justificaos. Quién es el infame que ha propalado esas iniquidades?

*Miguel.* Toma ! ha sido...

*Duval.* Quién?

*Miguel.* No lo sé.

*Duval.* No lo sabeis?

*Miguel.* Nadie: ha sido todo el mundo.

*Montbally. Duval.* Todo el mundo!

*Miguel.* Y vos mismo sin ir mas lejos.

*Duval.* Yo!

*Montbally.* Vos primo mio!

*Miguel.* Sí, á despecho vuestro: no hay vez que habéis de la señora de Montbally que no dejéis traslucir eso mismo sin poderlo remediar. Vuestro silencio, vuestra tristeza, algunas medias palabras hartó espresivas que de vez en cuando se os escapan: mas claro todavía las lágrimas que ahora mismo veo asomar á vuestros párpados no prueban suficientemente la verdad de los rumores que sobre Jorge y su esposa circulan?

*Duval.* Y con qué derecho osáis vos espiar mis acciones, observar mi rostro, interpretar mi silencio y mis lágrimas, cuando yo me esfuerzo para callar y ocultar en el fondo de mi corazón los tristes pensamientos que me asedian? Ah! prima mia, mirad si no tenía razon en irritarme contra este hombre y en pensar que no debía ya darle la mano ni el título de amigo.

*Montbally.* No hablemos mas de esto, Duval; estimo en lo que vale vuestro dolor, y disculpo al mismo tiempo el celo inconsiderado de Miguel. Uno y otro tienen un buen origen: la sincera amistad que me profesais... (*Viene á colocarse entre los dos y los estrecha la mano.*)

*Miguel.* Decis bien. No hablemos mas de ello.

*Duval.* Sí; es demasiado desagradable! (*Dándose en la frente como el que se acuerda de una cosa.*) Ah! este doloroso accidente me ha hecho olvidar que al entrar me ha entregado el portero esta carta para vos.

*Montbally.* Traed. (*Toma la carta y lee el sobre.*) «A la señora de Montbally.» No debe ser para mí... no conozco esta letra.

*Duval.* (*Mirando maquinalmente el sobre y exclamando.*) Dios mio! qué es lo que veo!... esa letra!...

*Montbally. Miguel. Acabad...*

*Duval. No, no; es imposible... á qué la habia de escribir ese joven.*

*Montbally. Qué joven? Esplicaos.*

*Duval. Ricardo.*

*Miguel. El estudiante de leyes que se marchó de Saint-Omer, hará seis meses, el dia del casamiento de Jorge! Por cierto que hay quien dice que no se marchó sin motivo el mismo dia de la boda.*

*Montbally. Sin motivo? Y qué quieren dar á entender con eso?*

*Miguel. Nada... ya se ve... sino que cuando uno está enamorado y se le casa la novia con otro...*

*Duval. Estaba enamorado de ella?*

*Montbally. De Luisa!*

*Duval. Quién os ha dicho eso?*

*Miguel. Quién me lo ha dicho? Nadie: todo el mundo!*

*Duval. Vuelta con todo el mundo!*

*Miguel. Oh! amigo mio! Es preciso no desentenderse tampoco de la opinion general, porque como dice el refran: Cuando el río suena... Además que yo me acuerdo haber leído en no sé qué parte, cuando aprendia á leer, estas palabras: "Hay uno que ve mas claro y que tiene mas razon que tú y que yo... ese uno es todo el mundo." A ver, hacedme el gusto de contestar á esto, señor Duval.*

*Montbally. Qué puede tener que escribir ese joven á mi nuera! (Haciendo sonar la carta entre sus manos y mirándola con inquietud.)*

*Miguel. Ahi hay misterio!*

*Duval. (A Miguel.) Vamos, veo que lo mejor será sacaros de aqui para que no empeceis con vuestras congeturas...*

*Miguel. Es que...*

*Duval. (Con tono áspero y colérico.) Seguidme. Volvereis á hacer algun daño sin poderlo remediar. Hasta la vista, querida prima, no os fieis de las apariencias, y sobre todo no deis oidos á la calumnia. (Vase con Miguel por el foro.)*

## ESCENA VII.

MADAMA MONTBALLY, *sola.*

Qué odiosas sospechas ha suscitado en mí esta carta! Ese joven que estuvo enamorado de ella antes de su boda y que ahora la escribe. Jorge!... hijo mío... la mocion que siento en este instante me da á conocer que te quiero todavia. (*Dando algunos pasos en la mayor agitacion.*) No poder adivinar lo que contiene esta carta! Oh! nada, nada de que tenga que sourojarse y que no sea houroso para ella... Sí, mi recelo es infundado y voy á entregársela... Sin embargo, ese joven la amaba... asi lo dice todo el mundo... asi se murmura en la ciudad. Dios mio!... Dios mio! qué es lo que contendrá esta carta? (*Madama Montbally, que continúa con la carta en las manos y la habrá dado vueltas en todos sentidos, se acerca por último á la ventana de la izquierda y á favor de la luz que entra de fuera lee algunas palabras temblando y mirando de tiempo en tiempo á su alrededor sin abrir la carta.*) Amor... mi mas dulce esperanza... por toda la vida... Oh! tú no me amarás nunca como yo te amo. (*Sale Luisa por la derecha.*)

## ESCENA VIII.

DICHA. LUISA. *Poco despues* JORGE.

*Montbally.* (*Sin verla.*) Sí, creo haber leído bien! no es ilusion... no me engaña el cariño de madre... (*Vueloese hácia la ventana y vuelve á leer mas deprisa.*) Amor... por toda la vida... Oh! tú no me amarás nunca como yo te amo... esta noche... esta noche misma volveré á tu lado para no separarme ya de tí... (*Acércase en este momento á la ventana para ver mas cluro: pero Luisa habrá bajado entre tanto con mucha pausa hasta ponerse delante de ella. Madama Montbally la ve y da un grito.*) Ah! Luisa! tomad... tomad, señora... esta carta para vos. (*Aparece Jorge en la parte del foro.*)

*Luisa.* Y estabais leyéndola!... ah! este es el colono de las

humillaciones que tenia que sufrir en vuestra casa , pero será tambien el término de mi resignacion y paciencia.

*Montbally.* Señora... ese language... (*Reparando en su hijo que viene á colocarse entre las dos.*) Jorge!

*Luisa.* (*De pronto y arrojándose á sus brazos.*) Ah! Jorge, no quiero ocultarte esta vez mis lágrimas; quiero mas bien dar libre salida á las penas que hasta este dia han despedazado ocultamente mi pecho. Antes yo era la primera á combatir la resolucion que habias formado de abandonar esta casa , ahora soy yo la que te lo pide con mas ahinco... sácame de aqui... alejémonos... tu madre y yo no podemos vivir juntas por mas tiempo. Prefiero la pobreza , la miseria , las privaciones , á los insultos y afrentas que diariamente sufrimos en esta casa. (*Vase por la derecha.*)

## ESCENA IX.

MADAMA MONTBALLY. JORGE.

*Jorge.* Qué decís ahora , señora?

*Montbally.* (*Llorando y fuera de sí.*) Que aun cuando debieras maldecirme, es llegado el caso de que hable, y hablaré para justificar la accion de que se me acusa, hijo mio. Conozco que voy á destruir tus mas gratas ilusiones; pero antes que todo es sincerarme contigo, y decirte la verdad porque soy tu madre... Esa muger es indigna de tí... te engaña.

*Jorge.* Luisa!

*Montbally.* Un hombre... Ricardo segun creó... eso es... Ricardo... la amó antes de su casamiento.

*Jorge.* Ricardo?

*Montbally.* Y esa carta que la casualidad ha hecho caer en mis manos, y que he tenido la imprudencia de leer...

*Jorge.* (*Furioso.*) Acabad... esa carta?... hablad, madre mia, no veis que mi vida pende de vuestros labios.

*Montbally.* (*Deteniéndose de repente y mirando á su hijo con terror.*) No, no diré nada: tus miradas me aterroran,

*Jorge.* Oh! déjame, déjame... no sé nada... no he leído nada, estaba loca. Dios mio! Dios mio! perdonadme. (*Vase por la derecha.*)

## ESCENA X.

JORGE, *solo.*

Qué debo creer! Engañarme! Luisa! cuando poseia toda mi confianza! cuando me hubiera avergonzado de sospechar de ella siquiera... Oh!... no puede ser... esa carta no es la primera que ha recibido, y yo jamas la he perdido cuenta de ello. Pero es creible tampoco que mi madre por una mera sospecha... no, una madre no vendria indiscretamente á llenar de desesperacion el corazon de su hijo. Infeliz de tí, Luisa, si fuese cierto, infeliz del infame que hubiese destruido para siempre la felicidad de mi vida arrebatándome tu amor. Voy á verla á pedirle que me enseñe la carta... estoy cierto que no vacilará, y que despues de leerla habré de pedirle perdon por mi injusta desconfianza. (*Diríjese á la puerta de la derecha y se detiene despues de haberla entreabierto.*) Entremos... Desde aqui la diviso... qué agitada está!... aun tiene el fatal papel entre sus manos! Le vuelve á leer y su conmocion se aumenta... se levanta... mira hácia la ventana como si aguardase á alguno... Ah! aqui está!... (*Yendo á mirar por la ventana del foro que da al jardin.*) es él!... le reconozco!... Ricardo!... Ricardo!... Ah! quiero ahora mismo... (*Da algunos pasos y se detiene.*) No puedo... la cólera me embarga... mis rodillas flaquean, mi vista se turba. (*Déjase caer casi desvanecido en un sillón en el mismo foro. Salen á este tiempo, por la derecha Luisa y Ricardo.*)

## ESCENA XI.

JORGE. RICARDO. LUISA.

*Luisa.* Mucho habeis tardado, Ricardo; pero ya sabeis que se os quiere demasiado para no olvidarlo todo al veros.

*Ricardo.* Lejos de acusarme, compadecedme por haberme retrasado tanto en el cumplimiento de mi palabra, amable Luisa. Si supiéseis cuántos obstáculos he tenido que vencer! Si supierais cuán lentos y penosos han sido

para mí los días y las horas que he pasado lejos de estos sitios!... Por fin, me hallo ya en esta casa, que encierra mi ventura y mi esperanza. Pero decidme, decidme por piedad, he tenido la dicha de que se hayan compartido conmigo los tormentos de la ausencia? La que tanto amo, la que amaré toda mi vida, me aguardaba, decidme, con igual impaciencia de la que yo tenia por verla?

*Luisa.* Oh! sí, Ricardo... os lo juro.

*Ricardo.* Conque no es un sueño, una ilusión? Soy amado, amado como siempre! (*Jorge habrá vuelto en sí al oír las últimas frases. Al llegar aquí se levanta furioso: busca un arma en torno suyo, se apodera del hacha que dejó colgada en la pared, y se precipita hácia los dos.*)

*Jorge.* (*Entre los dos, y con el hacha levantada sobre sus cabezas.*) Miserables! (*Luisa lanza un grito agudo: al mismo tiempo aparece Teresa en el foro, y viene corriendo á echarse á los pies de Jorge, lo cual detiene su brazo. Casi al mismo tiempo sale Duval acompañado de Miguel, y este último se apodera del hacha, la cual coloca despues sobre un mueble. Jorge permanece inmóvil y en el mayor estúpore. Luisa llora: Teresa se levanta, y mira con sobresalto á su alrededor.*)

## ESCENA XII.

DICHOS. TERESA. MIGUEL. DUVAL.

*Teresa.* Ricardo... estábais aquí!... Quién me hubiera dicho que á vuestro regreso habia de advertir en el semblante de todos los que nos rodean la tristeza y la consternacion? Qué es lo que ha pasado? Hermana mia, instrúyeme del motivo de su cólera y de tus lágrimas.

*Luisa.* El motivo me preguntas? (*Mirando á Jorge.*) Ahora empiezo á adivinarle. Escucha, escucha esta carta que iba á servir de arma para desunirnos, para perderme... esta carta que es mi justificacion.

*Jorge.* Tu justificacion!... y las palabras que acabo de oiros?

*Luisa.* Escuchad todos, y acusadme despues. (*Dirigiéndose á madama Montbally, que viene por la izquierda.*) Y vos tambien, señora.

*Jorge.* Mi madre!

## ESCENA XIII.

DICHOS. MADAMA MONTEALLY.

*Luisa.* Vos que sois la causa de todo ésto, escuchadme tambien; porque ya es tiempo que acabeis de saber lo que contiene esta carta.

*Duval. (Aparte.)* La reconciliacion es inevitable. *(Bajo.)* Retirémonos un poco, Miguel: estos son asuntos de familia que no nos interesan.

*Miguel.* Es verdad.

*Duval. (Bajo.)* Ah! os suplico que seais mas reservado que de costumbre sobre lo que acabais de ver.

*Miguel. (Id.)* Descuidad... no diré á nadie que ha querido matar al amante de su muger.

*Luisa.* Oid todos. *(Leyendo la carta.)* «Por fin, señora, veo próxima la realizacion de mis mas lisongeras esperanzas. Ricardo de Chavigny no corre ya riesgo alguno de ser sepultado en la Bastilla; y habiendo terminado su carrera, puede ofrecerla juntamente con su nombre á la que he amado siempre, á vuestra hermana.»

*Jorge. Montbally.* A su hermana!

*Luisa. (Continuando.)* «Vos, señora, habeis sido la única depositaria de mi secreto, que tan fiel y religiosamente habeis guardado, y por tanto os suplico conteis desde ahora con mi sincero agradecimiento. Y tú, Teresa mia, á quien debo el valor y la resignacion con que he logrado arrostrar la adversidad, recibe el sagrado juramento que hago ante tu hermana de amarte toda la vida.»

*Jorge.* Teresa!... luego era á ella!

*Teresa.* Sí: hé ahí el secreto que queria revelaros esta mañaua, hermano mio... pero vos os negásteis á escucharme.

*Jorge. (Cogiendo de pronto la carta, y recorriéndola ligeramente.)* «Recibe el sagrado juramento que hago ante tu hermana de amarte por toda la vida... Temo tanto que me hayas olvidado... Oh! tú no me amarás nunca como yo te amo. A Dios; muy pronto tendré el gusto de verte... esta noche... esta noche volveré á tu lado, para no separarme ya de él... Ricardo de Chavigny.» *(Arrojándose en los brazos de Luisa.)* Ah! Luisa! Luisa!

qué horrible peso me has quitado del corazon. Si supieras cuánto he sufrido!... Y habeis sido vos, vos madre mia, la causa de todo esto.

*Montbally.* Jorge... ten piedad de mí, y no me confundas mas.

*Luisa. (Deteniendo á su marido, que va á contestar á su madre.)* Es verdad, debes callar, Jorge... porque ese hombre... (*Señalando á Miguel.*) que ha venido á observar sin duda como siempre lo que pasa en esta casa, no tardaria en ir á decir en la ciudad que has afligido y maltratado á tu madre.

*Jorge.* Bien está: pero es llegado el caso de poner un término á nuestras disensiones, es preciso que nos separemos, madre mia, Vos lo habeis querido... no intentéis disuadirme de esta determinacion que es irrevocable. Quedaos con vuestros amigos. Solo os pido que nos concedais un asilo por esta noche en vuestra casa. Mañana al rayar el dia saldremos de ella para siempre mi muger y yo.

*Montbally. (Con desconsuelo.)* Para siempre!... Y yo me quedaré sola, desamparada, sin tener quien me consuele, quien me acompañe en mi hora postrera!... Oh! es horrible!

*Duval. (Acercándose á ella.)* Pobre prima mia! (*Jorge y su muger estan cerca de la puerta de la derecha para meterse dentro. Ricardo y Teresa procuran traerlos hácia madama Montbally, que está en el lado opuesto acompañada de Duval y Miguel: movimiento de indecision de Luisa y Jorge.*)

*Jorge. (Decidiéndose por último.)* Adios, madre mia... adios!

*Montbally. (En el mayor desconsuelo.)* Adios!







## Acto tercero.

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

DUVAL, solo.

*(Entra por el fondo, y mira á su alrededor con mucha precaucion: un reloj colgado en el fondo da las cuatro.)*

Las cuatro no mas!... qué larga se me ha hecho esta noche!... esta noche!... la última que Jorge pasa en la casa de su madre!... Mi apreciable primo, mi camarada, mi enemigo de infancia, ya tocas al término de la lucha que contra tí he empeñado... lucha terrible, porque no sabes de donde parten los golpes que te hieren, y lucha de la que saldré victorioso, porque mi plan de batalla se ha realizado á fuerza de tiempo y de paciencia. Ah! marcha todo tan bien para mí hasta ahora, que seria una crueldad se desgraciase mi obra. *(Mirando á la puerta de la derecha.)* Los he visto hacer los preparativos del viage: en efecto, aquí estan las maletas. En este lado hay una resolucion irrevocable; pero allí... *(Mirando á la izquierda.)* Me he separado muy tarde de mi prima, y la he dejado en la mejor disposicion del mundo... mas exasperada y furiosa que nunca: sin embargo, toda la noche he visto desde mi pabellon que habia luz en su cuarto: no se ha acostado, y es posible que haya estado escri-

biendo... Qué estará haciendo en este momento? Si pudiese verlo! (*Se dirige á la puerta de la izquierda para mirar y escuchar: la puerta se abre, y madama Montbally aparece.*)

## ESCENA II.

MADAMA DE MONTBALLY. DUVAL. *Grito de sorpresa de ambos.*

*Montbally.* Vos aquí? qué estábais haciendo, Duval?

*Duval.* (*Turbado, y tranquilizándose poco á poco.*) Venia... esperaba...

*Montbally.* Qué?

*Duval.* Se me ha figurado, querida prima, que habeis pasado la noche en vela: yo tampoco he podido pegar los ojos... y la inquietud me ha conducido temblando á esta puerta. Perdonad si...

*Montbally.* Oh! vos sois el único que por mí se interesa!... pero ellos!... Ellos que me han tratado ayer con tanta crueldad, ellos que quieren huir de mí, no piensan en el dolor que me atormenta, en el horroroso insomnio que crea á mi alrededor, mil visiones terribles y siniestras; en la fiebre que me devora y que me matará.

*Duval.* Qué decís, gran Dios!

*Montbally.* Anoche, despues que os separásteis de mí, creí que habia llegado mi último momento: las fuertes emociones que habia experimentado me postraron en un desfallecimiento mortal; la sangre se me arrebató á la cabeza, quise llamar, y el nombre de Jorge fué el único que se me presentó á mi imaginacion... pero me faltó la voz, y permanecí una hora tal vez... sí: una hora entera inmóvil y privada; todo lo habia olvidado... pero me sentia morir!

*Duval.* Morir!

*Montbally.* Y cuando volví en mí, sentí no haber muerto, porque con la vida recobraba todos mis recuerdos, todos mis dolores... y luego recordé todos los diversos incidentes del dia de ayer: la conducta de Jorge y de Luisa, las acusaciones de Miguel, y sobre todo lo que me habíais dicho antes de separaros de mí.

*Duval.* Os aconsejé que hiciéseis el último esfuerzo de cle-

mencia, y que os reconciliáseis con vuestros hijos.

*Montbally.* Y yo, Duval, cuando mas pensaba en vuestras palabras, tanto mas me convenia de sus faltas é ingratitude: mi corazon se negaba á esta reconciliacion. En vano quise ocultarme á mí misma, pero no pude experimentar mas sentimiento que el de la cólera. No sé lo que en mí pasó: tomé la pluma, y escribí... leed... Oh! aun tiemblo al pensar hasta qué punto puede estraviar el corazon de una madre el furor y los padecimientos!

*Duval.* (*Leyendo.*) «Conozco que mi fin se acerca, y la ingratitud de mi hijo me conduce al sepulcro. Próxima á comparecer delante de Dios, declaro que maldigo y desheredo á mi hijo.»

*Montbally.* (*Sin mirarle.*) Ah! vos, Duval, sois el único que debe saber que he sido capaz de abrigar por un instante tan horroroso pensamiento. Devolvedme ese escrito, devolvedmele ahora mismo... quiero ese escrito! No me respondeis? (*Duval está entregado á la lectura del papel, y no oye lo que le dice madama de Montbally. Esta le mira con atencion, y nota con sobresalto la alegría que brilla en sus ojos.*) Dios mio!... no me escucha! Esa sourisa, esa alegría que brilla en sus ojos... Ah!

*Duval.* «Declaro que maldigo y que desheredo á mi hijo.» (*Desde este momento madama de Montbally está temblando; pero se debe conocer que ha penetrado en el alma Duval, y que finge.*)

*Montbally.* Querido Duval... devolvedme ese papel.

*Duval.* No se puede negar que habeis tomado un partido violento y cruel. El cielo sabe que yo he puesto cuanto está de mi parte para impedirlo; pero hay circunstancias en la vida en que uno debe seguir los impulsos de su corazon; vos sois mas razonable y mas justa que yo, y seguramente habeis procedido bien.

*Montbally.* Lo creeis así?... pero devolvedme ese papel.

*Duval.* Todos aprobarán vuestra conducta. De resultas de las terribles escenas que han pasado anoche, un grito de horror se ha levantado por todas partes contra Jorge y Luisa: el consejo de los notables debe reunirse esta mañana, porque el pueblo pide que los hijos ingratos, despues de haber sido arrojados de la casa de su madre, lo sean tambien de nuestra ciudad.

*Montbally.* Qué oigo! Pero vos... vos los defendereis.

*Duval.* Yo callaré! Es el único y último favor que puedo hacer á mis culpables parientes... Callaré!

*Montbally.* Culpables decís!... Luego tambien vos estais convencido...

*Duval.* Muy duro se me hacia creerlo...

*Montbally.* Y ese papel... ese papel... por qué no me lo devolveis?

*Duval.* Creo que seria prudente que reflexionárais maduramente antes de adoptar una medida definitiva: consultad á vuestros mejores amigos, á los que mas confianza os inspiren, y luego podreis romper este papel ó pasarle á manos de un notario. (*Se guarda el papel.*)

*Montbally.* Y si mientras tanto me le devolviéseis, Duval?

*Duval.* Con mucho gusto. Sin embargo, estando en mi poder es lo mismo que si no existiese.

*Montbally.* En efecto.

*Duval.* En mis manos no podeis creer que sea peligroso.

*Montbally.* No.

*Duval.* No dudais de mí?

*Montbally.* (*Mirándole con expresion.*) No, por cierto; y en prueba de ello, quiero que despues de mi muerte pasen á vuestro poder mis riquezas.

*Duval.* Por Dios, no me digais eso, prima!

*Montbally.* Y por qué no? Quiero ocuparme tranquilamente de lo que sucederá cuando ya no exista; quiero... quiero hacer justicia á todo el mundo: hacedme el favor de llamar á un escribano.

*Duval.* Al momento.

*Montbally.* Y decid á Miguel y á todos nuestros amigos que os acompañen: en su presencia declararé cuál es mi voluntad.

*Duval.* Y la dictareis al notario?

*Montbally.* Ya os he dicho que haré justicia á todo el mundo. Id, Duval; yo me retiro á mi cuarto: no quiero ver á los que van á dejar esta casa.

*Duval.* Hasta luego, prima. (*La acompaña hasta la puerta de la izquierda, y se queda solo un momento.*) Al fin triunfo! Soy rico, y estoy vengado! (*Vase por el foro; pero en el momento que desaparece se abre la puerta de la izquierda, y entra otra vez en la escena madama de Montbally, mirando hácia el lado por donde se alejó Duval.*)

## ESCENA III.

MADAMA DE MONTBALLY, *sola*.

(*Con energía.*) Sí, haré justicia á todo el mundo!... Miserable! hasta hoy no he podido penetrar en su alma! Esperaba enriquecerse labrando la ruina y la desesperacion de toda su familia. A él debo el odio de mi hijo! Sí... sí!... Dios mio, dadme tiempo y fuerza bastante para reparar mis faltas. Sostenedme hasta que haya arrancado públicamente la máscara al traidor que nos ha perdido á todos, y moriré feliz, porque llevaré á la tumba el perdón y el cariño de mis hijos. Mis hijos van á marchar, pero no marcharán sin llevar una prueba de que no los he olvidado. Aquí estan sus maletas. (*Acercándose con viveza á una mesa, y abriendo un cajón.*) No se dirá en ningun tiempo que mientras que yo nado en las riquezas, mi hijo está pobre. A cualquiera parte que su destino los conduzca, y aun cuando no los vuelva á ver, mis beneficios al menos los alcanzarán siempre. (*Saca una cartera y un aderezo: le cierra en las maletas.*) Este oro para Jorge: para Luisa estas alhajas... Ah! son ellos!... y las fuerzas me abandonan ya!... Dios mio! Dios mio!... sostenedme.

## ESCENA IV.

MADAMA DE MONTBALLY. JORGE. LUISA.

(*Madama de Montbally está colocada al lado de las dos maletas, de modo que solo pueda verla el público. Luisa y Jorge entran por la izquierda.*)

*Jorge.* La hora se acerca, Luisa, y debemos despedirnos para siempre de esta morada.

*Luisa.* Cómo tiembla tu mano!

*Jorge.* No lo niego; y sin embargo, nada sería bastante para hacerme cambiar de resolución.

*Montbally.* (Nada!)

*Jorge.* Entre nosotros no deben renovarse las escenas de

ayer... no podemos vivir con la que por un instante consiguió hacerme dudar de tu amor; pero cuando se aproxima el momento de alejarme, me detiene todavía un sentimiento de dolor y de pesar que no procuro combatir... Vuelvo la vista atrás, y recuerdo lo que ella ha sido para mí desde mi infancia, y á mi pesar lloro... porque al fin es mi madre, Luisa, mi madre, á quien voy á dejar para siempre, y sin verla, y sin abrazarla... y lloro su cariño perdido, y lloro los pesares que ella misma se ha proporcionado, y que algun dia amargarán su ancianidad!

*Montbally.* (Oh! ese dia ha llegado ya!)

*Luisa.* Tienes razon, Jorge: mucha es nuestra afliccion; pero la olvido para pensar en la suya. Te ama tanto!... Y por ese exceso de cariño es tan cruel conmigo, y ha concebido tan terribles sospechas. Oh! no puedo acusarla, Jorge, solo es digna de compasion.

*Montbally.* (Y tanto!)

*Luisa.* A Dios, madre mia, me habeis ofendido, y sin embargo os amo; porque el aborrecimiento que me teneis es hijo del amor que á vuestro hijo profesais. A Dios.

*Jorge.* Vámonos, Luisa, y tengamos valor!... Hemos cumplido con nuestro deber mientras hemos permanecido en esta casa, y cumplimos tambien con él hasta el momento mismo en que nos alejamos. Sí, tengamos valor!... yo me dedicaré otra vez á mi oficio, y con el auxilio de Dios no necesitaremos para vivir las riquezas de mi madre.

*Montbally.* (Ah! se me olvidaba!...) (*Abre las dos maletas, coloca en la de Jorge la cartera y el aderezo en la de Luisa. Va á cerrarlas, pero la distrae la continuacion del diálogo.*)

## ESCENA V.

DICHOS. DUVAL.

*Duval.* (*En la puerta del foro.*) Temo su irresolucion, y ese temor me trae aqui á mi pesar. (*Viendo á su prima que coloca las alhajas en la maleta de Luisa.*) Qué está haciendo? (*Desaparece, pero se le ve de cuando en cuando durante la escena. Todo este movimiento sumamente rá-*

*pido no ha interrumpido la vivacidad de lo que pasa en el proscenio.)*

**Luisa.** Yo tambien, Jorge, yo tambien trabajaré para vivir. Dentro de poco no tendré que ocuparme tan solo de tu felicidad: muy pronto seremos dos para amarte, para quererte; muy pronto, en fin, no seré tan solo tu esposa, seré tambien la madre de tu hijo.

**Jorge.** La madre de mi hijo!... qué has dicho, Luisa?

**Montbally.** Dios mio! qué he oido!

**Luisa.** Sí, Jorge mio.

**Jorge.** *(Con frenética alegría.)* Un hijo, un hijo! ahora me olvido de todos mis pesares, de mis infortunios... y soy feliz!... estoy loco de alegría!... Un hijo!... Luisa! Luisa mia!... Oh! yo sabré á fuerza de trabajo y de energía crearos una existencia libre y feliz para los dos... qué digo? para los tres. El cielo nos envia un angel para consolarnos en nuestra afliccion. Marchemos! marchemos!...

**Luisa.** Marchemos. *(Se dirigen al foro como para recoger las maletas: encuentran á madama de Montbally arrodillada, y retroceden conmovidos.)* Mi madre!

**Jorge.** A mis pies!... Ah! levantaos, levantaos madre mia!

**Montbally.** No, Jorge: no me levantaré hasta que no me hayas perdonado, hasta que no me hayas dicho que no quieres abandonarme... y tú tambien... y tú tambien, Luisa! En nombre del hijo que el cielo os envia, perdonadme los dos, perdonad á vuestra madre!

**Luisa.** Madre mia!

**Jorge.** En nuestros brazos, en nuestros brazos es vuestro puesto, madre mia. *(La levantan, la abrazan y la hacen sentar: ella llora y se muestra muy conmovida: los dos jóvenes se arrodillan y la besan la mano.)* Sosegaos, todo está olvidado.

**Luisa.** Por Dios, no lloreis mas.

**Montbally.** Oh! estas lágrimas son de alegría... y cuando reflexiono que en mi delirio he podido maldecirte, Jorge!... desheredarte!... á tí, á mi hijo!... horror!... y á él! á él tambien!... á vuestro hijo... á mi nieto! No, no, yo no lo quiero, no lo quiero... *(Levantándose y dando un grito.)* Ah! ahora recuerdo... Oid, oid, hijos míos... mi primo Duval... mi notario...

**Jorge y Luisa.** Qué?

*Montbally.* (Cayendo en sus brazos.) Ah! Dios mio!... cuánto sufro!... aquí, (Señalando al corazón.) aquí... Ah! ah!...

*Jorge.* Qué teneis, madre mia?

*Montbally.* Nada, no es nada... Ah! (Da otro grito: hace un esfuerzo para hablar: aprieta convulsivamente la mano á sus hijos, y cae sin conocimiento. Jorge está arrodillado, y le sostiene la cabeza.)

*Jorge.* Cielos!... sus ojos se cierran!

*Luisa.* Socorro, gran Dios!... Un médico! un médico!... socorro! (Corre á la puerta del foro en el mayor desorden, y llama á gritos. Duval aparece con el notario; á poco Miguel, trabajadores, vecinos, pueblo.)

## ESCENA VI.

DICHOS. DUVAL. MIGUEL. EL NOTARIO. PUEBLO.

*Duval.* Qué es eso? Qué sucede?

*Miguel.* Qué significan esos gritos?

*Jorge.* Mi madre se muere... socorro!... Os digo que se muere!... Ah! su corazón no late ya!... ha muerto!

*Todos.* Ha muerto!

*Jorge.* Madre mia! madre mia!... ayudadme á llevarla á su lecho.

*Luisa.* Venid, venid, y á fuerza de cuidados tal vez conseguiremos que vuelva á la vida. (Duval y otros muchos se reunen á Jorge y Luisa, y llevan á la habitación de la izquierda á madama Montbally.)

## ESCENA VII.

MIGUEL. EL NOTARIO. PUEBLO: poco despues DUVAL.

(Momento de silencio: todos los personajes que se han quedado en la escena se acercan á la puerta de la izquierda con curiosidad.)

*Miguel.* No os acerqueis! no os acerqueis!... El cuarto está lleno de gente: abren la ventana para que respire el aire libre, la rodean... y ya no veo nada.

*Todos.* Nada!



*Miguel.* Qué desgracia para el señor Jorge, si en efecto pierde á su madre!... Yo venia con vosotros decidido á pedir que fuese espulsado de la ciudad, y ahora no puedo menos de compadecerle... creo que su dolor es sincero, y por mas que le aborrezco, por mas que recuerdo todo el mal que ha causado, cesa mi odio al ver su infortunio... (*Duval sale del cuarto con los demas que con él entraron.*) Qué hay?

*Duval.* (*Con fingido desconsuelo.*) Ya no me queda ninguna esperanza... y cuando llegue el médico será para certificar que mi pobre prima ha fallecido.

*Miguel.* Pero no os habia eucargado que llamáseis al señor notario? (*Señala á uno de los personajes que le rodean.*)

*Duval.* (*Al notario.*) Sí; sin duda preveía su próximo fin, y este papel que por orden suya debia entregaros, y y acerca del cual queria pedir os consejo en presencia de todos sus amigos.

*Notario.* (*Tomando el papel y leyendo.*) Este papel... le habeis leído, señor Duval?

*Duval.* No; me tenia tan preocupado, tan asustado el estado en que habia dejado á mi prima...

*Notario.* Escuchad, escuchad todos... En las circunstancias actuales este escrito puede dar margen á muy estrañas congeturas. (*Todos se apiñan al rededor del notario, que lee.*) «Conozco que mi fin se acerca, y la ingratitud de mi hijo me conduce al sepulcro. Próxima á comparecer delante de Dios, declaro que maldigo y desheredo á mi hijo.»

*Todos.* Maldecido! desheredado!

*Notario.* Preciso es convenir en que si la generalidad no se ha equivocado, los dos han cometido faltas imperdonables... no es verdad, señor Miguel?

*Miguel.* Ya se vé que sí. Jorge es arrebatado, y su muger orgullosa y dominante... no es verdad, señor Duval?

*Duval.* Yo nada sé, y nada debo decir... Cuando una catástrofe tan grande aflige á mi familia, debe serme al menos permitido guardar silencio...

*Miguel.* En fin, la habian obligado á maldecirlos, y siendo ella tan buena, y habiéndolos amado tanto... y hay que advertir que ha muerto en sus brazos. (*Duval se dirige como maquinalmente á la mesa: todos siguen su movimiento.*)

*Notario.* Aquí... á dos pasos de esa mesa, cuyo cajon seguramente acababa de abrir...

*Miguel.* A no ser que le haya abierto el señor Jorge y su muger...

*Duval.* Imposible!... mi prima tenia la llave.

*Notario.* Pero ha podido dársela.

*Duval.* No es probable cuando acababa de desheredarlos.

*Miguel.* Y quién asegura que no se la hayan quitado?

*Duval.* Qué decís? Cómo os atreveis, Miguel, á soltar tan infame sospecha?

*Notario.* Haya calma... y vos, señor Duval, tened la bondad de decirme qué encerraba ese cajon?

*Miguel.* Sí, sí, hablad; qué encerraba?

*Duval.* Parte de las riquezas de mi prima. (*Va á colocarse delante de las maletas.*)

*Miguel.* Esos papeles... mirad, mirad! y por aquí... qué es esto? (*Señala las maletas.*)

*Duval.* Ah! las maletas de viage que debian llevar Jorge y Luisa.

*Miguel.* Una escritura de arrendamiento, billetes de banco... oro!

*Todos.* Oro!

*Duval.* Todo eso pertenecia á su madre.

*Miguel.* Alhajas!

*Duval.* Eran las de su madre.

*Miguel.* Y bien, amigos míos: creéis todavía que son injustas mis sospechas?

*Todos.* No, no; qué horror!

*Miguel.* Han llevado la infamia al extremo: cansados de asesinarla por grados, han querido consumir el crimen de un golpe; la han asesinado para anular el acto que les desheredaba... han asesinado á su madre para apoderarse de su oro y de sus alhajas. Venguémosla.

*Notario.* Justicia! Un magistrado!

*Pueblo.* Sí, sí, un magistrado! (*Sale Duval con los que van á buscar al magistrado.*)

*Miguel.* (*Con furor.*) No, nada de magistrado; con nuestras propias manos debemos inmolar á los parricidas al pie del cadaver de la víctima.

*Todos.* Entremos! entremos! (*Van á entrar en el cuarto de la izquierda: Jorge y Luisa salen.*)

## ESCENA VIII.

DICHOS. JORGE. LUISA.

*Jorge.* Deteneos!... á qué vienen esos gritos!... ese tumulto al lado del lecho de muerte de mi madre?


*Miguel.* Infame!... miserable!... os atreveis todavia á hablar con esa imprudencia cuando habeis asesinado á vuestra madre?

*Jorge.* A mi madre!

*Luisa.* A su madre!

*Todos.* Si, parricida! parricida! (*La multitud se ha ido aumentando: la escena está llena de gente, y ocupa las gradas de la derecha y de la izquierda. Varios hombres del pueblo se apoderan de Jorge y de Luisa; y Miguel, agarrando el hacha de Jorge, avanza hácia él con furor: pero en el mismo momento aparecen en el fondo con Duval un magistrado y soldados, los que arrancan á Luisa y á Jorge de las manos del populacho: gran ruido de vidrieras rotas fuera.*) Justicia! justicia!... mueran los parricidas!





# Acto cuarto.

---

Una galería inmediata al tribunal: gradas á la izquierda del público.

## ESCENA PRIMERA.

JORGE. DUVAL. CRIADOS.

*(Al levantarse el telon entra Jorge en la escena rodeado de soldados. Por el mismo lado de la izquierda entra detras de él Duval vestido de escribano, haciendo seña á los soldados para que se retiren al foro.)*

*Jorge.* Por qué me han hecho salir del tribunal?

*Duval.* Se ha suspendido la audiencia por un momento.

*Jorge.* Y Luisa?... No puedo verla aun?

*Duval.* La ley exige que se os tome declaracion por separado.

*Jorge.* Y cuántas horas han trascurrido desde que estamos en la carcel?

*Duval.* Seis poco más ó menos.

*Jorge.* Seis no mas!... Pero seis horas separado de Luisa y en estas circunstancias horribles, son para mí un siglo!

*Duval.* Dentro de poco estareis reunidos.

*Jorge.* Os comprendo: dentro de poco los jueces habrán pronunciado nuestra sentencia... No es eso lo que queriais decir?

*Duval.* Toda esa multitud que se ha sublevado contra vos, ha pedido de voz en grito que fuéreis juzgado hoy mismo, para que vuestra desgraciada madre... estas son sus

palabras, no fuese conducida á la última morada, hasta despues de haber sido vengada.

*Jorge.* Y los magistrados han temblado delante de la colera de ese populacho; y concediéndole cuanto contra mí pide, han creído sofocar el tumulto que mis enemigos han logrado escitar en la ciudad; sí, para obedecer á los gritos de ese populacho desenfrenado á quien han engañado y que pide mi cabeza, me han juzgado, y tal vez seré hoy sentenciado sin que se me oiga... Y llaman á eso justicia!

*Duval.* Solo falta tomar declaracion á vuestra esposa! Luego sereis careados los dos.

*Jorge.* Juntos ó separados, repetiremos siempre á nuestros jueces que somos inocentes, y que solo hombres perversos, cubiertos con el velo del incógnito, han podido inventar el horrible crimen de que se nos acusa; sean quienes fueren, conseguiremos descubrirlos y probaremos su perfidia.

*Duval.* Dios sabe que este es mi mayor deseo.

*Jorge.* Y sin embargo, como escribano del tribunal, toméis acta en nombre de la ley de todas las mentiras que nos abrumen.

*Duval.* Creed que me alegraría mucho si pudiese tomar acta de las declaraciones que os favoreciesen... desgraciadamente hasta ahora... (*Suena una campana hácia la izquierda.*) El tribunal se reúne otra vez, y vuestra esposa se halla en presencia de sus jueces. Voy á cumplir los tristes deberes que mi ministerio me impone. (*Vase por la izquierda. Jorge le sigue, y la puerta del tribunal se cierra.*)

## ESCENA II.

JORGE, solo.

Oh! yo haré callar á ese pueblo de enemigos, á esos furiosos, á esos insensatos, que se han ligado para perdernos, para repetir á la faz del cielo tan terrible mentira!... Jorge Monthally ha asesinado á su madre!... Madre mía! seis horas hace apenas que te he perdido, que has muerto en mis brazos; y al exhalar el último suspiro has sido para mí lo que en otro tiempo eras, la mejor, la mas

tierna de las madres... y ahora, ahora que tus restos inanimados estan abandonados á la custodia de mis enemigos, no me han dejado apenas un instante para pensar en tí; ni para llorarte! (*Tumulto á la izquierda.*) Ah! siempre, siempre esos gritos furiosos que nos persiguen... Luisa está allí!... me aguarda! y yo no puedo abrir esta puerta para ir á tenderla una mano, sostenerla y animarla al menos con mi presencia y con mis miradas!... Ah! solo por ella tiemblo!... Dios mio, si me has elegido para presentar un ejemplo terrible del error y de la injusticia humana, compadécete al menos de ella: sálvala, sálvala; y cuando la frialdad del hacha del verdugo hiele mi sangre, te bendeciré, Señor, te bendeciré. (*Aumenta el tumulto: la puerta de la izquierda se abre, y aparece Luisa conducida por Duval, pálida y con todas las señales del mas profundo terror: vé á su esposo, y corre á sus brazos llorando. Vase Duval, y ciérrase la puerta. El ruido se va alejando gradualmente, hasta que se pierde del todo.*)

### ESCENA III.

JORGE. LUISA.

*Los dos.* (*Abrazándose deshechos en llanto.*) Luisa! Jorge!  
*Luisa.* Creia no volverte á ver!... crueles!... Ah! que nos maten, pero juntos; no es verdad, juntos?

*Jorge.* Sosiégate, Luisa. Tal vez dentro de pocos momentos nos harán justicia... el cielo no permitirá que en nombre de la ley se asesine á dos inocentes.

*Luisa.* El cielo!... Ah! el cielo nos abandona! Si tú supieses... Ah! todavía estoy temblando!... Cuando he entrado en esa sala, creia que me dejarían hablar, y me parecia muy facil justificarme... pero cómo contestar á injurias y amenazas?... Sí, nuestros jueces se han erigido en nuestros mas implacables enemigos... me interrogaban coléricos, y su justicia es odio y venganza... la indignacion me ha infundido algun valor, y volviéndome al banco en que estan sentados los abogados: defendedme, he exclamado... defendednos: mi marido es un artesano, un hombre honrado, pero no encontrará palabras tan

podéras como las vuestras para probar la verdad... Y yo soy uua pobre muger, á quien van á abandonar la fuerza y la razon delante de tanta impostura... Defendednos; es vuestro deber defendernos.

*Jorge.* Y qué han contestado?

*Luisa.* Me han insultado como lo habia hecho ese popula-cho frenético, como lo habian hechos nuestros jueces... No, no háy defensores, no hay abogados para los parricidas! Entonces... oh! tú no estabas allí, Jorge!... y en vano buscaba entre toda aquella multitud una mirada, una sola mirada de compasion... cuando mis ojos se han clavado en la imagen que domina el tribunal, en la imagen de Cristo, colocada en aquel sitio, sin duda para anunciar á los criminales que para ellos hay todavia un Dios de clemencia y de misericordia. Caí de rodillas, y pedi justicia á aquel Dios! pero en aquel momento aumentaron las imprecaciones: á los nombres odiosos con que me habian insultado ya, añadian los de hipócrita y sacrilega... y aquel Dios que invocaba, aquel Dios permaneció sordo á mis súplicas; no me infundió fuerza para levantar la cabeza, ni para justificarme... Me han sacado del tribunal, y te he encontrado, Jorge: ya ves como el cielo tambien nos abandona.

*Jorge.* Oh! no digas eso, Luisa... y conserva esa creencia que nos sostendrá en nuestra hora postrera. (*Ricardo y Teresa aparecen en la iglesia esterior separados por una verja, de la en que pasa la acción.*)

*Ricardo.* Os digo que entraré.

*Teresa.* Aquí está la orden del señor presidente.

*Luisa.* Ah! esa voz!...

*Jorge.* Es Ricardo.

*Luisa.* Y mi hermana! mi hermana! (*Abren la verja, y Teresa y Ricardo se encuentran al lado de los acusados.*)

#### ESCENA IV.

DICHOS. RICARDO. TERESA.

*Ricardo.* Sí, son amigos, son hermanos que no han dejado de pensar en vosotros un momento desde que el infortunio os abruma.

*Teresa.* Y que vienen á consolaros cuando todo el mundo os maldice y es acusa.

*Ricardo.* Que vienen á deciros aun hay esperanzas, hermanos!

*Teresa.* Hermana mia, tu inocencia quedará probada!

*Jorge.* Qué decís?

*Luisa.* Qué dices?

*Ricardo.* Sí; desde ayer obra en mi poder ese título que por tanto tiempo he ambicionado. Soy abogado.

*Jorge y Luisa.* Abogado!

*Ricardo.* Sí; y os salvaré, os salvaré!

*Teresa.* Y yo recobraré á mi querida Luisa, y no tendré que llorar la pérdida de un amigo, de un hermano. *(Los cuatro se abandonan á la alegría. La puerta de la izquierda se abre y aparece Duval.)*

## ESCENA V.

DICHOS. DUVAL.

*Ricardo.* Sin duda vienen á anunciarme que me esperan en el tribunal para defender mi primera causa.

*Duval.* Señor Ricardo de Chavigny, por acuerdo del tribunal, se os prohíbe tomar la palabra en el negocio de que se ocupa.

*Luisa y Teresa.* Dios mio!

*Jorge.* Qué oigo?

*Ricardo.* Y por qué se me prohíbe?... es imposible... Habreis padecido una equivocacion, y ahora mismo voy á preguntar en nombre de la ley al señor presidente...

*Duval.* Quedaos... vuestra presencia en el tribunal perjudicaria á los acusados en vez de favorecerlos.

*Ricardo.* Pero en fin, qué motivo?...

*Duval.* *(Acercándose á ellos.)* El motivo no está ni puede estar consignado en la sentencia del tribunal; pero se me ha mandado que os le comunique, y os suplico que me disimuleis si mis palabras os parecieren ofensivas... Obedezco al tribunal. Los tres estais sufriendo las consecuencias de una de esas pérfidas insinuaciones, que han circulado desde ayer entre la multitud. Se ha dicho que vos *(A Ricardo.)* habeis dirigido misteriosamente una



carta á esta señora: (*Señalando á Luisa.*) se ha hecho mencion de que vos os habeis dejado arrebatado por los celos (*A Jorge.*); y que os han visto levantar el hacha contra la cabeza de vuestra esposa y la del señor Ricardo.

*Luisa.* Proseguid.

*Jorge.* Acabad.

*Ricardo y Teresa.* Sí, sí; acabad.

*Duval.* Yo estoy bien persuadido de que Jorge ha reconocido al momento que eran infundadas sus sospechas... pero la calumnia tiene tanta fuerza, que una vez sembrada y fortificada, es absolutamente imposible destruirla.

*Todos.* Imposible!

*Duval.* Y por eso cuando se ha leído en la audiencia, hace un momento, la petición que habeis dirigido al señor presidente para que se os permitiese defender á los esposos Montbally, se ha levantado una voz general que ha gritado... escándalo, infamia: en el auditorio circulaban frases injuriosas. Decían... perdonad! debo repetiros sus mismas palabras: decían que el amante de la esposa, se constituía en defensor del esposo y...

*Teresa y Luisa.* Ah! qué horror!

*Ricardo.* Infames!

*Jorge.* Y no puedo imponerles silencio!

*Duval.* Y el tribunal arrastrado, estraviado tal vez por la pública convicción, ha pronunciado por unanimidad la sentencia que he tenido el sentimiento de notificaros.

*Luisa.* Ya no nos queda ninguna esperanza.

*Teresa.* Pobre hermana mía! (*Durante este tiempo dos magistrados con toga encarnada han aparecido en las gradas: entran en la escena varios soldados.*)

## ESCENA VI.

DICHOS. DOS MAGISTRADOS. SOLDADOS.

*Jorge.* (*Volviéndose hácia donde estan los magistrados*)

Es decir que el que nos juzga es el pueblo y no el tribunal! que es el pueblo el que nos sentencia! que es el pueblo el que nos asesinará!

*Ricardo.* (*Con energía.*) Pero el tribunal dará cuenta algun

dia á la Francia, á la humanidad y á Dios de la sangre inocente que se va á derramar.

*Un magistrado.* Señor Ricardo de Chavigny, retiraos y llevaos á esa joven.

*Teresa.* Hermana mia! (*Ricardo y Teresa aprietan enterrecidos las manos de Jorge y de Luisa.*)

*Magistrado.* Obedeced. (*Teresa, Luisa, Jorge y Ricardo se despiden con demostraciones del mas profundo sentimiento.*)

## ESCENA VII.

DICHOS; *excepto* TERESA Y RICARDO.

*Magistrado.* Jorge Montbally, bajad con nosotros á ese calabozo. (*Señala una escalerilla con un pasamano de hierro, la que conduce á un subterráneo.*)

*Luisa.* Y yo! no le sigo?...

*Jorge.* Por qué me separais de ella? No hemos estado de acuerdo en todas nuestras contestaciones?

*Magistrado.* (*A los soldados.*) Obedeced! (*Sale Jorge arrastrado por los soldados. Los dos magistrados y Duval le siguen, y bajan la escalera que conduce al piso inferior.*)

## ESCENA VIII.

LUISA, *sola.*

Me han dejado sola!... Qué proyecto será el suyo? Para qué nueva prueba se nos reserva?... La audiencia habrá terminado ya... han cesado las imprecaciones de nuestros enemigos!... (*Sube las gradas, escucha y mira.*) Nada oigo, nada!... Por qué estoy todavía en esta galería? por qué me han encerrado otra vez en un calabozo, como á él, como á mi pobre Jorge?... (*Oyese un grito que sale del calabozo subterráneo.*) Ah! ese grito me ha aterra-do... es él! es Jorge que se queja, es Jorge que sufre y que pide auxilio! (*Oyese otro grito mas fuerte que el primero.*) Otro gemido!... (*Acercándose á la escalera y mirando.*) Ah! allí es... al fin veo... sí, esos hombres encarnados le rodean... y á su lado estan los verdugos... No,

no puede ser: todavía no estamos sentenciados... Pero qué hacen, qué significan esos horrorosos preparativos?... qué significa esa cruz de hierro que acercan á sus labios? (*Retrocede aterrada, y da un grito.*) Ah! perdon, perdon! Jorge no es culpable.

### ESCENA IX.

LUISA. JORGE. DUVAL. MAGISTRADO. SOLDADOS. VERDUGOS.

(*Jorge, quebrantado por el dolor, entra sostenido por dos soldados.*)

*Jorge.* (*Con voz débil á Luisa.*) Has dicho la verdad... y lo he sostenido en medio de los tormentos... no soy culpable... Han desgarrado mis miembros; me han arrancado gritos de dolor, pero no me han podido hacer confesar esa horrorosa mentira, y he tenido aun bastante fuerza para repetir delante de Dios: somos inocentes!... moriremos inocentes!... (*A una señal de los magistrados, los soldados se dirigen á Luisa y quieren conducirla á la escalera.*)

*Luisa.* (*Aterrada, y arrancándose de los brazos de los verdugos.*) Quereis conducirme tambien á ese calabozo!... Oh! nunca, nunca.... no iré... Piedad, piedad!

*Jorge.* (*Levantando la cabeza.*) Qué oigo?... qué haceis? Quieren tambien hacerte sufrir esa horrorosa prueba?... Ah! no. (*A los magistrados con una especie de delirio.*) Y bien!... qué os falta?... qué exigis de mí? Sí, soy culpable!... sí, he sido parricida!... sí, he asesinado á mi madre!... la he asesinado, y quiero morir!

*Luisa.* Y yo soy su cómplice: he guiado su brazo... La hemos asesinado para apoderarnos de su oro y de sus alhajas... Oh! matadnos, matadnos; pero no me sometais á esos horrorosos tormentos! (*A una señal de los magistrados se retiran los verdugos. Los magistrados y Duval se van por el foro.*)

## ESCENA X.

JORGE. LUISA.

*Luisa. (Arrójase en sus brazos.)* Jorge!

*Jorge.* Nos han dejado solos!

*Luisa.* Sí; nuestros verdugos nos conceden un momento de piedad.

*Jorge.* Dios mio! ahora recuerdo... Qué hemos hecho?

*Luisa.* Qué debilidad se ha apoderado de mi alma?... Te habia visto entre sus garras atormentado, destrozado...

*Jorge.* Y yo... yo acababa de sufrir los tormentos que te preparaban, y no he tenido bastante valor para verte atormentar. *(Abrese la puerta.)* Ah! ya vuelven.

*Luisa. (Abrazando á Jorge.)* Tiemblo!

*Jorge. (Con amargura.)* Tranquilízate. Hemos declarado cuanto querian, y vendrán á leernos nuestra sentencia.

## ESCENA XI.

DICHOS. DUVAL. SOLDADOS. EL VERDUGO *y sus ayudantes con antorchas encendidas.*

*(Dos soldados hacen arrodillar á Jorge y á Luisa. Duval lee la sentencia.)*

*Duval. (Leyendo.)* «La audiencia de Artois, instituida por Luis XV, despues de haber oido las numerosas declaraciones de los testigos, las de los médicos, y la confesion de los acusados en la galería inmediata al tribunal, declara delante de Dios y de los hombres, que Jorge y Luisa Montbally estan convictos y confesos de haber cometido un asesinato voluntario en la persona de su madre, la viuda Luisa Montbally; en consecuencia de lo cual manda...» *(La voz de Duval se altera, y se detiene como si no pudiese proseguir.)*

*Jorge.* Acabad.

*Duval.* «Manda que sufran la pena de los parricidas, y que esta sentencia sea ejecutada á las diez en punto de esta noche, despues de que los dos acusados hagan pú-

blica detractacion delante del lecho de muerte de la madre.»

*Jorge. (Levantándose sostenido por los soldados.)* Madre mia!... Ah! no me atrevia á esperarlo; estoy agradecido á mis jueces... Conducidme al instante, sostenedme hasta el lecho de mi madre! *(El oficial hace una seña á Luisa que se coloque al lado de su esposo.)*

*Luisa. Ah! ahora, Jorge, no nos volverán á separar. (Emprenden la marcha. Cuadro.)*



---

## Acto quinto.

---

Sala. En el foro puerta de entrada. Ventana á la izquierda. A la derecha la alcoba de la viuda Montbally cerrada por grandes cortinas de color oscuro, y á través de las cuales solo se ve la luz de las velas que arden al lado del lecho de muerte de la viuda.— Al levantarse el telon varios hombres y mugeres estan arrodillados delante de la alcoba, cuyas cortinas estan corridas: Miguel está sentado, pensativo y reflexionando profundamente, á dos pasos de la alcoba, con los ojos clavados en ella: en el proscenio, y separados de los demas, Ricardo y Teresa.

### ESCENA PRIMERA.

MIGUEL. TERESA. RICARDO. PUEBLO.

*Ricardo. (A media voz á Teresa.)* Todos mis esfuerzos han sido inútiles. La impostura triunfa, y los magistrados van á confirmar la mas horrorosa injusticia!

*Teresa. Ah!*

*Ricardo. Y á ese hombre, (Señalando á Miguel.)* al mas encarnizado de sus acusadores, ha elegido el presidente para guardar esta casa y ese cadaver! mientras que nosotros hemos tenido que entrar de escondite, pues si ese pueblo desenfrenado nos hubiese reconocido, nos habria abrumado con nuevos ultrajes porque nos atrevemos á levantar todavia la voz en favor de Jorge y de Luisa... y quién sabe? tal vez nos hubiesen impedido venir aqui á orar por la madre que ya no existe, y por sus pobres hijos que no tardarán en reunirse con ella. (*Gritos del pueblo fuera.*)

*Teresa.* Ah! esos gritos!... saldrán de la carcel; y van á atravesar la ciudad en medio de los insultos de sus enemigos. *(Todos los personajes que estaban arrodillados delante de la alcoba, se levantan y se van en silencio.)*

*Ricardo.* Si; mira, Teresa...

*Teresa.* Crueles! y no contentos todavía con su triunfo, se atreven á asegurar que los dos acusados han confesado su crimen.

*Miguel.* *(Aparte con cierta alegría.)* Ah! han confesado... bien sabia yo que eran culpables.

*Ricardo.* Y cómo no habian de confesar? No comprendes, Teresa, que han recurrido sus sanguinarios Jueces al tormento? Jorge, aunque destrozado por el hierro y el fuego, ha tenido bastante fuerza y valor para sostener la verdad; pero Luisa, la pobre Luisa...

*Miguel.* *(Levantándose con viveza, y acercándose á Ricardo.)* El tormento decis?

*Ricardo.* Qué: no lo sabia su asesino?

*Miguel.* Su asesino!... Yo no he hecho mas que cumplir con mi deber: he dicho la verdad, y he pedido que fuese vengada esa desgraciada viuda.

*Ricardo.* Lo que tú has hecho ha sido mentir con impudencia, y tu mentira va á derribar dos cabezas... por tí no he podido salvarlos, pero podré vengarlos... Eseucha, vil detractor!... las leyes permiten que un infame, un traidor como tú, pueda pedir á la justicia la muerte de un inocente; pero imponen al calumniador el mismo suplicio que ha querido atraer sobre la cabeza de sus víctimas... Pues bien: cuando el tiempo haya amortiguado el furor de ese pueblo, cuando la verdad haya destruido las imposturas de nuestros enemigos, entonces yo haré comparecer delante de un tribunal al acusador de Jorge y de Luisa... y entonces perecerás en medio de los mas horrorosos tormentos, y despues de haber hecho pública retractacion sobre la tumba de tus víctimas. Ven, Teresa; dejemos á ese hombre entregado á los remordimientos que ya han empezado á roer su corazon... *(A Miguel.)* Adios: y no olvides que si hay un castigo para los parricidas, hay otro no menos terrible para los calumniadores. *(Vanse Ricardo y Teresa.)*

## ESCENA II.

MIGUEL, *solo.*

Esas amenazas... esas maldiciones!... por qué me hacen estremecer? He pedido justicia contra los culpables; debía hacerlo, y mil voces se han unido á la mia... Oh! si, debía hacerlo... pero por qué no me atrevo ahora á mezclarme con ese pueblo que he escitado contra los parricidas, y que pide á gritos su suplicio? por qué?... Ah! soy un niño... su crimen no merece compasion... Es extraño, sin embargo, lo que me pasa... me atormenta una duda horrorosa, y no sé si nace del terror ó de la incertidumbre!... Qué tormento para toda mi vida si hubiese hecho condenar á dos inocentes! Antes de oír las amenazas y las maldiciones de ese joven, ya se me habia ocurrido esta idea... sí, en el tribunal, cuando la joven se arrodilló delante de la imagen de Cristo, protestando su inocencia... y cuando todos los que me rodeaban la han tratado de sacrilega y de hipócrita!... Desde aquel momento me pregunto si es real y completa la conviccion que de su crimen tengo; desde aquel momento veo y oigo á la esposa de Jorge, y en sus miradas y en su language encuentro siempre la espresion de la verdad... en vano combato esa idea; es mas poderosa que yo... en vano rechazo esa imágen; siempre se presenta de nuevo en mi imaginacion: siempre! Jorge negó su crimen hasta en el tormento; y solo el terror ha podido hacer temblar á la pobre muger, que ha arrastrado á su marido á una declaracion violenta... Inocentes! inocentes!... No, no puede ser... yo he cumplido con mi deber, con el deber que me imponia mi conciencia.

## ESCENA III.

MIGUEL. JORGE. LUISA. EL MAGISTRADO. TERESA. RICARDO.  
 FRAILES. SOLDADOS. EL VERDUGO. PUEBLO.

*(Jorge y Luisa, con una túnica blanca, y cubierta la cabeza con un velo negro, entran rodeados de soldados, y teniendo cada uno un fraile á su lado: los dos magistrados, vestidos de encarnado, dirigen la marcha. El pueblo sigue el cortejo; pero los soldados, á una seña del*



*magistrado, se forman en fila en el foro para contenerle, y Miguel es rechazado con los demas hácia el foro. Descorren las cortinas de la alcoba, y se ve en la cama á la viuda Montbally, envuelta en una mortaja, pero descubierta la cabeza. Jorge y Luisa, conducidos á la alcoba, manifiestan la mas viva emocion; y á una seña del magistrado, caen de rodillas.)*

*Jorge.* Me obligan á prosternarme delante de tí, y á pedirte perdón, madre mia!... Obedezco... sí, perdóname, perdóname por el amor que me has tenido... si bien es cierto que algunas veces, sin querer, te he causado pesares é inquietudes... Perdoná á tus hijos, (*Tomando la mano de Luisa.*) á quienes la justicia humana ha obligado á declararse culpables de tu muerte... ni uno ni otro podemos ya esperar nada de la piedad de los hombres... implora al menos para nosotros la de Dios, que tal vez no rechazará á los dos parricidas.

*Jorge y Luisa.* Perdon, perdon, madre mia. (*Los dos se levantan, y los soldados se acercan á ellos.*)

*Jorge.* (*Al magistrado.*) Estamos prontos, señor magistrado; puede cumplirse vuestra sentencia, y quedar satisfecha la venganza de nuestros enemigos.

*Luisa.* (*Cogiéndole la mano con energía.*) Ven, Jorge, y con mi mano en la tuya arrostraré todo el horror del suplicio: he podido temblar por un momento; pero no me verán temblar al aspecto de la muerte.

*Los dos.* (*Juntos.*) Marchemos, marchemos!

*Luisa.* Ah! Dios mio! Jorge, qué horror! con nosotros van á asesinar á otro ser inocente que aun no ha visto la luz. (*Da algunos pasos: se detiene de pronto, da un grito y su cara espresa los sufrimientos mas violentos.*)

*Jorge.* Madre desgraciada!... No, es imposible... (*Al magistrado.*) no es verdad que es imposible?... porque al menos no supondreis tambien que él es culpable. Vuestra desapiadada justicia ha negado defensores á los acusados de parricidio... pero el que aun no ha nacido, tendrá el derecho de defenderse, no es verdad? y todos los abogados que se han apartado de nosotros horrorizados, se unirán para decir que él al menos no debe morir. Y qué! vacilais todavia? (*Tumulto fuera. Ricardo logra abrirse paso entre los soldados, y llega donde estan Jorge y Luisa.*)

## ESCENA IV.

DICHOS. RICARDO.

*Ricardo.* Oh! dejadme, dejadme!... Señor magistrado, y vosotros todos sois testigos de la declaracion de esa joven.. va á ser madre... y en nombre de todas las leyes divinas y humanas, pido que se dilate la ejecucion de la sentencia. *(Los dos magistrados se retiran un momento al foro como para deliberar.)*

*Jorge.* *(A Ricardo.)* Gracias, amigo; gracias, hermano... y tú, Luisa, recibe mi postrer adios.

*Luisa.* Y yo he de conservar la vida cuando tú vas á perecer?

*Jorge.* Tu vida no te pertenece ya; es de nuestro hijo.

*Luisa.* Y sobre él pesará para siempre el recuerdo de nuestro suplicio.

*Ricardo.* Oh! yo os justificaré; lo juro por lo mas sagrado.

*Magistrado.* *(Bajando al proscenio.)* Se suspende la ejecucion de Luisa de Montbally.

*Jorge y Ricardo.* Ah!

*Magistrado.* Conducid á la hoguera al reo.

*Luisa.* No, no, nunca me arrancareis de sus brazos.

*Jorge.* Déjame, déjame, Luisa.— Amigos míos, á vosotros os la confío... y tú, Ricardo, no olvides que me has prometido salvarla... Adios, adios!

*Gritos furiosos.* *(Fuera.)* Mueran los parricidas! Montbally! Montbally! muera! muera! los parricidas! Justicia! justicia! justicia! *(Estos gritos apagan la voz de Jorge: se le llevan. Luisa se arroja otra vez en los brazos de su esposo: los separan; todos desaparecen, y Luisa cae de rodillas en el umbral de la puerta, delante de los centinelas que acaban de colocar. Las puertas se cierran. Al lado de la alcoba se ve á Miguel sentado y pensativo, como estaba al levantarse el telon.)*

## ESCENA V.

LUISA. MIGUEL.

*Luisa.* *(Sin ver á Miguel y andando agitada.)* Jorge! Jorge! no me oye... va á perecer... y yo, yo debo sobrevivirle... y no encontraré en el poco tiempo que le queda de vida un amigo, uno solo á quien decir otra vez que no es culpable, á quien dar en fin una prueba de

su inocencia para arrancarle del suplicio! Ah! quién es ese hombre? (*Se encuentra al lado de Miguel le reconoce y retrocede asustada.*) qué haces aquí? por qué te han dejado los soldados en esta pieza? Vienes á bacerme sufrir algun nuevo ultrage? Vete, vete, miserable!... vete, asesino de mi pobre Jorge. Corre con tus dignos compañeros á recrear tu vista en el suplicio de tu víctima! ojala salpique su sangre tu rostro y deje en él una mancha que no puedan borrar jamas, ni las lágrimas ni las súplicas!... vete! vete!

*Miguel.* (*Cayendo de rodillas.*) Piedad! piedad!

*Luisa.* Ah! el acusador á los pies de la que ha cometido el crimen! el verdugo implorando la gracia de la que debe morir á sus manos!

*Miguel.* Ah! he creido ser justo! he creido decir la verdad! Oh! os lo juro por mi anciano padre, os lo juro por mis hijos, por lo mas sagrado de este mundo.

*Luisa.* Y ahora dudas?

*Miguel.* Sí: dudo porque vuestra voz acaba de resonar aquí poderosa y terrible como si fuese la de Dios...

*Luisa.* Y sin embargo van á matarle.

*Miguel.* Es demasiado cierto... y esa muerte es obra mia!

*Luisa.* Pero dime, qué daños te habiamos hecho para declarararte nuestro enemigo? Qué motivos tienes para justificar ese odio encarnizado que nos conduce á la muerte?

*Miguel.* El cielo sabe que nunca os he tenido el menor odio; y no me habeis hecho daño alguno... soy un miserable... Hace seis meses... desde el dia de vuestro casamiento que mi única idea ha sido perderos irritando contra vos y vuestro esposo á todo ese pueblo que tan ciegameamente me ha obedecido... Y, lo repito, creia ser justo y proceder como hombre honrado; pero seguramente no pensaba, ni obraba por inspiracion propia!

*Luisa.* Cómo! qué dices? Habla... habla... dentro de algunos minutos seria tarde, Jorge no existiria.

*Miguel.* Entre vos y yo habia, como habia entre vos y vuestra madre, no puedo dudarle, un hombre que continuamente os estaba justificando, y que con sus justificaciones os hacia aparecer mas culpable... un hombre que queria siempre restablecer la paz en la familia, y que sin embargo no se separaba de nosotros hasta despues de habernos irritado mas...

*Luisa.* Y ese hombre, quién era? (*Duval entra por la izquierda.*)

### ESCENA VI.

DICHOS. DUVAL.

*Duval.* Luisa de Montbally, el tribunal manda que se os conduzca á vuestro calabozo. (*Al oír á Duval, Miguel ha hecho un gesto de emocion. Luisa le mira y conoce su intencion.*)

*Luisa.* (*Señalando á Duval.*) Era ese, no es verdad? era ese.

*Duval.* Seguidme. El pueblo enfurecido porque le arrancan una de sus víctimas, ha desarmado á los centinelas que rodean la casa, y va á invadir esta habitacion. Seguidme.

*Luisa.* El pueblo? me quedo; puedo esperarle ahora, y delante de él quiero que me contesteis.

*Duval.* Cómo! qué significa?

*Miguel.* Y yo tambien, señor Duval, quiero esplicarme con vos en presencia de todos esos testigos y acallar mi conciencia. Aquí vienen... venid, venid, amigos... acudid. (*Va á abrirles la puerta y el pueblo se precipita en tropel en la habitacion, dando gritos de furor contra Luisa.*)

### ESCENA VII.

DICHOS. PUEBLO.

*Miguel.* (*Colocándose entre el pueblo y Luisa.*) Ante todo que no se atreva nadie á poner la mano en esta muger... porque yo que la he acusado con vosotros y antes que vosotros, juro ahora que todos hemos podido ser engañados y ella inocente... y en prueba de ello estoy decidido á morir para defenderla contra todo el mundo. (*Vacila el pueblo y Duval hace un movimiento para retirarse.*) Pero no dejéis escapar á ese hombre; debe contestarme... porque me dice la conciencia que todo lo que ha pasado es obra suya. (*Sorpresa general.*)

*Duval.* Obra mia!

*Miguel.* Oidme: todas las voces que acerca de esta familia he circulado en la ciudad las he sabido por él.

*Todos.* Por él!

*Luisa.* Por él, que hace seis meses me declaró su amor y yo me negué á ser su esposa! por él, qué va á heredar los bienes de nuestra madre.

*Duval.* (*Rodeado por el pueblo.*) Dejadme, dejadme, os digo... Yo nada he dicho, no soy acusador ni testigo.

*Miguel.* No eres acusador y sin embargo has sido el que nos ha enseñado las dos maletas que contenian el oro y las alhajas de la viuda Montbally.

*Pueblo.* Es cierto: él ha sido.

*Miguel.* Ah! y ahora recuerdo que tambien has llegado tú mucho antes que nosotros á esta habitacion en la que ha muerto la viuda... Has debido presenciar todo lo que ha pasado y has evitado presentarte como testigo... y por qué? responde.

*Luisa.* Si el crimen ha sido cometido, debias atestiguarlo; si somos inocentes, debias manifestarlo tambien... Contesta! contesta... Es preciso que digas la verdad delante de ese pueblo.

*Duval.* La verdad?

*Pueblo.* (*Con cólera.*) Sí, la verdad! la verdad.

*Duval.* Pues bien!... la sentencia que el tribunal ha pronunciado es justa.

*Luisa.* Justa!... Luego somos parricidas! sígueme! sígueme pues! (*Con una mano arrastra á Duval y con la otra descubre vivamente las cortinas de la alcoba.*) y con la mano en este lecho de muerte jura que el que marcha al suplicio es el asesino de su madre, jura que yo soy su cómplice... Mirad como tiembla... mirad como retrocede...

*Duval.* No, no vacilo... (*Poniéndose sobre sí.*) A la faz del cielo y por esos restos inanimados juro... (*La mano de la viuda Montbally hace un movimiento convulsivo, levanta la cabeza y clava los ojos en Duval que da un grito y cae de rodillas.*) Ah! qué veo?... Perdon!... sí he mentado, he calumniado... perdon! perdon! (*El terror se ha comunicado á Luisa y al pueblo.*)

*Montbally.* Siempre ese traidor! ese infame!... Dónde estoy? Que es lo que por mí pasa?

*Luisa.* (*Con frenética alegría.*) Madre mia... Vive! vive! ah! corred, corred á proclamar la inocencia de Jorge, y salvadle, si aun es tiempo!

*Miguel.* Sujetad vosotros á ese infame , corramos á proclamar la inocencia de Jorge. (*Unos se apoderan de Duval y otros se van.*)

### ESCENA VIII.

LUISA. MADAMA MONTBALLY.

(*Madama Montbally ha bajado á la escena sostenida por Luisa; parece que no comprende nada de lo que pasa y mira á su alrededor con la mayor sorpresa.*)

*Luisa.* Seguidme vos tambien , madre mia! Seguidme al menos hasta esa ventana para que todo el mundo os vea, para que todo el mundo sepa que aun vivis.

*Montbally.* Vivo, sí, Luisa; para reparar todas mis faltas, para amaros, quereros y participar de vuestra alegría y de vuestra felicidad.

*Luisa.* (*Con impaciencia y procurando llevarla á la ventana.*) Ah! venid! venid, madre mia!

*Montbally.* Qué dices, Luisa!... á dónde quieres llevarme?

*Luisa.* No me comprendéis?... escuchad... En este momento, en esa plaza, van á quitar la vida á vuestro hijo á quien acusan de haberos asesinado.

*Montbally.* Hijo mio!... ah! corramos! corramos! (*Las dos corren á la ventana: dan las diez.*)

*Luisa.* Ah! demasiado tarde! demasiado tarde! (*Las dos mugeres caen de rodillas. Las puertas se abren: el pueblo entra trayendo en brazos á Jorge.*)

### ESCENA IX.

TODOS LOS PERSONAJES.

*Miguel. Pueblo.* Vive! vive! Aquí está.

*Otros.* Muera el calumniador, muera.

*Las dos mugeres.* Jorge! (*Corriendo á él sacan á Duval de la escena casi arrastrando.*)

*Jorge.* Querida Luisa! madre mia! os vuelvo á ver, os vuelvo á abrazar!

*Luisa.* Y en lo sucesivo podemos ser felices, Jorge... (*Señalando á Duval á quien Miguel acaba de arrojar en manos de los magistrados y de los soldados.*) Hemos destruido la calumnia.

FIN DEL DRAMA.

de estado.  
le un coronel.  
Veronés.  
la tempestad.  
improvisada.  
el tapicero.  
teroncs.  
mas feo de Francia.  
dana.  
  
de una madre.  
rias del diablo.  
con dos puertas.  
  
ofetones.  
edado.  
o.  
interés.  
e vuelvo.  
padre y ser buen hijo.  
Bilbao.  
  
aulina.  
le palo.  
iuda y casada.  
ante.  
e Médicis.  
ro de industria.  
el leñador.  
de Belle-Isle.  
  
y la huérfana.  
el hambre.  
pto.  
acion de los inocentes.  
elosos.  
os del rcy de Prusia.  
de Castro.  
re de bicu.  
da.  
el pastor de Florencia.  
o de familia.  
tura de Carlos II.  
era.  
er flamenco.  
ario privado.  
aa de Alby.  
na.  
obleza.  
Perez y Felipe II.  
  
ga sus agravios.  
  
cobrar el cetro.  
os despues.  
novicio.  
  
o.  
cieguecita.  
rios.

Ango.  
Angelo , tirano de Pádua.  
Amor y deher.  
A un cobarde otro mayor.  
Adel-el Zcgri.  
Baltasar Cozza.  
Catalina Hovar.  
Chiton !!!  
Doña María de Molina.  
Doña Urraca.  
Doña Jimena de Ordoñez.  
Doña Blanca de Navarra.  
Diana de Clivri.  
D. Rodrigo Calderon.  
Dos granaderos.  
Dos padres para una hija.  
Elvira de Albornoz.  
El desconfiado.  
El hijo predilecto.  
Emilia.  
El astrólogo de Valladolid.  
El pária.  
El campanero de san Pablo.  
El casamiento nulo.  
El afan de figurar.  
El peluquero de antaño.  
El pobre pretendiente.  
El hijo en cuestion.  
Está loca !  
El domine consejero.  
El compositor y la estrangera.  
El duque de Braganza.  
El pilluelo de Paris.  
El soprano.  
El gondolero.  
El castillo de san Alberto.  
El ramillete y la carta.  
El comodin.  
El mulato.  
El marido y el amante.  
Fray Luis de Leon.  
Funcion de boda sin boda.  
Garcilaso de la Vega.  
Guillermo Colman.  
Hernani ó el honor castellano.  
Hija , esposa y madre.  
Intrigar para morir.  
Incertidumbre y amor.  
Intriga y amor.  
Isabel de Baviera.  
La vieja del candilejo.  
La político-mania.  
Cain Pirata.  
Mata-muertos y el cruel.  
La familia de Falkland.  
A muerte ó á vida.  
La judia de Toledo.  
Detras de la cruz el diablo.  
Retascon.  
Sinon Bocanegra.

La estrella de oro.  
Los cortesanos de D. Juan II.  
La ocasion por los cabellos.  
Los zelos infundados.  
Los amorios de 1790.  
La conjuracion de Fiesco.  
La cuarentena.  
La pata de cabra.  
La gata muger.  
Lucrecia Borgia.  
Luis onceno.  
Los guantes amarillos.  
La frontera de Saboya.  
Las máscaras negras.  
La espada de mi padre.  
La cruz de oro.  
La hermana del sargento.  
Los padres de la novia.  
Luisa.  
La escalera de mano.  
La solterona.  
La cuñada.  
La hija del avaro.  
La hosteria de Segura.  
Me voy á casar.  
María Remond.  
Machet.  
No hay mal que por bien no  
venga.  
Ni el tio ni el sobrino.  
No siempre el amor es ciego.  
Padre é hijo.  
Plan-plan.  
Pablo el marino.  
Roberto D'Artevelde.  
Ricardo Darlington.  
Sin nombre!  
Stradella.  
Teodoro.  
Toma y daca.  
Virtud en la deshonra.  
Valeria.  
Un poeta y una muger.  
Una muger generosa.  
Un dia de 1823.  
Una y no mas.  
Un artista.  
Un tio en Indias.  
Un liberal !!!  
La familia improvisada.  
El hombre misterioso.  
Cada cosa en su tiempo.  
Los independientes.  
Saneho Garcia.  
Mi honra por su vida.  
El galan duende.  
La escuela de los periodistas.  
Por él y por mí.  
Honoría.  
Estar en habia.

Esta interesante coleccion comprende cerca de 400 comedias  
cuyos autores son :

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.  
D. Antonio Gil y Zárate.  
D. Antonio Garcia Gutierrez.  
D. Eugenio de Tapia.  
D. Eugenio de Ochoa.  
D. Francisco Martinez de la Rosa.  
D. Gaspar Fernando Coll.  
D. Isidoro Gil.  
D. José Zorrilla.  
D. José Espronceda.  
D. José de Castro y Orozco.

D. José Garcia de Villalta.  
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.  
D. Manuel Breton de los Herreros.  
D. Manuel Eduardo Gorostiza.  
D. Mariano José de Larra.  
D. Mariano Roca de Togores.  
D. Miguel Agustin Principe.  
D. Patricio de la Escosura.  
D. Ramon Navarrete.  
D. Tomas Rodriguez Rubi.  
D. Ventura de la Vega.

### TEATRO MODERNO ESPAÑOL.

Van publicados 40 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

### TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

TIRSO DE MOLINA. Consta de 12 tomos en 8.<sup>o</sup> marquilla, 160 rs.

### TEATRO MODERNO ESTRANGERO.

Van publicados 24 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

### PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes :

<i>Almeria</i> .....	Gonzalez.	<i>Málaga</i> .....	Aguilar.
<i>Alcoy</i> .....	Marti Roig.	<i>Murcia</i> .....	Gisbert.
<i>Alicante</i> .....	Champourcin.	<i>Oviedo</i> .....	Longoria.
<i>Burgos</i> .....	Arnaiz.	<i>Orense</i> .....	Novoa.
<i>Badajoz</i> .....	Piñera de Carrillo.	<i>Pamplona</i> .....	Erasun.
<i>Barcelona</i> .....	Piferrer.	<i>Palencia</i> .....	Santos.
<i>Bilbao</i> .....	Garcia.	<i>Palma</i> .....	Gelabert.
<i>Cadiz</i> .....	Moraleda.	<i>Santander</i> .....	Riesgo.
<i>Córdoba</i> .....	Berard.	<i>Salamanca</i> .....	Oliva.
<i>Coruña</i> .....	Perez.	<i>Sevilla</i> .....	Caro Cartaya.
<i>Granada</i> .....	Sanz.	<i>Santiago</i> .....	Rey Romero.
<i>Habana</i> .....	Urban Ramos.	<i>San Sebastian</i> ..	Baroja.
<i>Huesca</i> .....	Navarro.	<i>Toledo</i> .....	Hernandez.
<i>Jaén</i> .....	Orozco.	<i>Vitoria</i> .....	Ormilugue.
<i>Jerez</i> .....	Bueno.	<i>Valencia</i> .....	Navarro.
<i>Leon</i> .....	Miñon.	<i>Valladolid</i> .....	Hijos de Rodriguez.
<i>Lugo</i> .....	Pujol.	<i>Zaragoza</i> .....	Yagüe.







RARE BOOK  
COLLECTION



THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT  
CHAPEL HILL

PQ6217  
.T44  
v.226  
n.1-13

